

COLECCIÓN
TATA KUÁ

EL EROTISMO

•
LOU ANDREAS–SALOMÉ

TRADUCCIÓN Y NOTA PRELIMINAR
MARTINA FERNÁNDEZ POLCUCH



VERA editorial cartonera

EL EROTISMO



COLECCIÓN
TATAKUÁ

EL EROTISMO

•
LOU ANDREAS—SALOMÉ

TRADUCCIÓN Y NOTA PRELIMINAR
MARTINA FERNÁNDEZ POLCUCH



VERA editorial cartonera

NOTA PRELIMINAR

•

En 1906, Martin Buber, filósofo y escritor judío austríaco-israelí, le pide a Salomé, luego de leer un ensayo suyo titulado «Der Mensch als Weib» («El ser humano en tanto mujer»), una contribución sobre la misma temática para su revista *Die Gesellschaft* (*La sociedad*). Luego de varios borradores, en 1910 Salomé entrega el tratado «El erotismo». Esta publicación constituye su último escrito previo al primer contacto con Freud y a su inclusión en el círculo psicoanalítico de Viena.

Cuando se publica *El erotismo*, Salomé, de casi 50 años, era conocida en toda Europa como filósofa y escritora. Se lo considera el punto cúlmine de su obra ensayística prefreudiana sobre la cuestión de los géneros. Trata el complejo temático de la sexualidad, el erotismo y el amor en los planos social, sexual, cultural y biológico. Para poner en palabras la «unión mística» que habilita el erotismo, Salomé recurre a un lenguaje metafórico, a símiles y comparaciones que dan vitalidad a su minucioso escrito teórico.

Lou Andreas-Salomé nació en 1861 en San Petersburgo, en el seno de una familia ruso-alemana. En 1880 ingresó en la Universidad de Zúrich, la única universidad del ámbito germanófono en la que se admitían mujeres. Estudió filosofía, historia del arte y religión comparada. En Italia, en el círculo de Malwida von Meysenbug, escritora, pacifista y feminista, conoció a los filósofos Friedrich Nietzsche y

Paul Rée. Rechazó la propuesta de matrimonio de ambos, dado que consideraba que implicaba la pérdida de su independencia. Convivió de 1882 a 1885 en Berlín con el filósofo Paul Rée en amistad puramente intelectual. En 1887, luego de meditarlo un año, aceptó casarse con el orientalista Friedrich Carl Andreas, con la condición de no consumar el matrimonio. Conoció a Rilke en 1897, a quien ayudó a formar como poeta, y que fue su amante, entre otros que vendrían después. Así, sin participar del movimiento feminista de su época, vivió una vida por fuera de los cánones entonces esperables para una mujer. Los últimos años de su vida tuvo a Sigmund Freud como referente destacado e interlocutor para sus debates intelectuales y estableció una amistad con Anna Freud, hija de este. Freud la incentivó a dedicarse al psicoanálisis y expresó su admiración por ella en repetidas ocasiones. Entre otras cosas, la llamó «la poeta del psicoanálisis». Poco después de su muerte, ocurrida en 1937, la Gestapo confiscó su biblioteca por el vínculo que la unía a Freud y por practicar, según la denominación nazi, una «ciencia judía».

INTRODUCCIÓN

•

No importa por dónde se toque el problema de lo erótico, la sensación que nos queda, siempre, es la de habernos limitado a un solo aspecto. Pero es probable que esta sensación nos quede más que nunca cuando recurrimos a la lógica, es decir, cuando lo abordamos desde su lado externo.

Y eso en el fondo ya implica reducir la vitalidad espontánea de las impresiones tanto y durante el tiempo que sea necesario para alcanzar la más cómoda coincidencia con el mayor círculo posible. O, dicho de otro modo: presentar las cosas con la suficiente falta de subjetividad, la suficiente distancia de nosotros mismos como para obtener, en lugar de la desfragmentada totalidad de una manifestación vital, un fragmento desmontable, que puede fijarse en palabras, manejarse con practicidad y firmeza, ser abarcado de un vistazo en su limitada totalidad.

Ahora bien, este mismo procedimiento, que forzosamente todo lo cosifica, lo deja inanimado, también tiene que ser aplicado a lo que, de cerca, solo conocemos subjetivamente, lo que solo puede ser objeto de una experiencia individual, las impresiones de las cosas que, por tanto, solemos calificar de «mentales» o «psíquicas», es decir, lisa y llanamente: las impresiones en tanto y en cuanto por definición se le sustraen a este mismo modo de proceder. En pos de la coincidencia que pretendemos alcanzar, solo podemos

aproximarnos a efectos de esa otra índole con intención explicativa sobre la base de este único efecto, mientras todo lo demás que podría decirse de ellos solo tiene validez en tanto complemento descriptivo; un complemento que, no importa cómo se adapte por lo demás a la posibilidad lógica de alcanzar una coincidencia, incluso con la ayuda formal de esta solo puede persuadir de manera más o menos subjetiva.

Para el problema de lo erótico, sin embargo, esta parcialidad contradictoria, esta bisección, es particularmente típica en la medida en que ya en sí mismo parece oscilar entre lo físico y lo mental sin que sea posible una definición.

Pero no es desdibujando o combinando los diversos procedimientos entre sí que se atenúa la contradicción: al contrario, solo realizándolos con precisión cada vez mayor, manejándolos con más y más rigurosidad —podría decirse: apoderándonos de algo por completo, en un recorte fiable, como unidad y materia— se nos termina de confirmar y verificar toda la dimensión de nosotros mismos que lo trasciende. Así no solo alcanzamos a percibir la incompletud del objeto contemplado, sino también la del procedimiento: el camino, por así decirlo, en dos direcciones, el único por el cual la vida se nos revela, y que solo una ilusión óptica fusionó en un único punto. Porque a medida que profundizamos en algo, se va intensificando esta abertura en ambas direcciones, al igual que la línea del horizonte, que va cobrando vuelo con cada paso que damos hacia ella.

Pero avanzando un poco en el camino, el modo de examinar las cosas con exactitud comienza a examinar su propia incompletud. Y esto sucede siempre que el propio material se le sustrae más allá de los sentidos y la razón hacia el terreno de lo incontrolable, pese a que también ahí puede constatar, en sus propios términos, la existencia de este material o incluso ponderar su valor en términos prácticos. Desde más allá del breve tramo controlable que es accesible a nuestra supervisión, para lo que está dentro de su campo de acción se modifican los parámetros de «verdad» y «realidad». Incluso lo más asible materialmente, lo más comprensible lógicamente,

si se lo mide con esa vara, se vuelve una convención sancionada por el hombre, una guía para la orientación práctica; sublimándose más allá de ello en el mismo valor meramente simbólico que lo que captamos como algo «mental» o «psíquico». Y así, en *ambos* extremos de nuestro camino se eleva, inviolable, el mandamiento: «¡Te *harás* una imagen y una semejanza!» de modo que también lo alegórico, que solo se expresa en signos y símiles, de lo cual toda descripción intelectual no puede prescindir, se ve incorporado al valor fundamental de la cognición humana. Al igual que en aquella línea del horizonte, que retrocede paso a paso ante nosotros, «cielo y tierra», pese a todo, siempre se vuelven a fusionar para nosotros en *una* sola imagen: la ilusión óptica primigenia... y a la vez el símbolo final.

BASE

•

Esta última homologación, lejos de subestimar el carácter externo de las cosas, más bien lo vuelve a subrayar novedosamente por la independencia que cobra entre los complementos que se le suelen atribuir. Es la que enseña por completo a examinar sin prejuicios todas las cuestiones más «materiales», incluso más físicas: a profesarles un respeto objetivo. Respeto en una acepción para la cual todavía nos falta mucho en materia de simpleza y abnegación: un respeto que no observa nunca las connotaciones éticas, estéticas, religiosas o demás; solo referido al sentido de lo físico en sí mismo. Solamente a este sentido, en tanto aspecto que se nos volvió ilustrativo de experiencias inimaginablemente largas, como si fueran exploraciones en el ámbito de lo que existe para nosotros, aspecto que aún puede detectarse, como cicatrices de una pelea o trofeos. Como si frente a aquello que devino antiquísimo, prácticamente de una sabiduría originaria, que aprueba, quieto, nuestro examen de manera completamente diferente que lo mental, nos diera la impresión de que el movimiento de la vida se entumeciera adoptando rasgos y formas más firmes, de modo que nuestro mismo intelecto, de nacimiento tardío en el mundo de lo físico, cual muchachito pequeño, delicado y aún algo bobo, pudiera trepársele a tientas, como subiendo al regazo de un antepasado.

Con respecto a la base de lo erótico, la sexualidad, esto implica indagar cada vez más profundamente en su sentido fisiológico. La sexualidad como una forma de la necesidad, al igual que el hambre, la sed o demás manifestaciones de nuestra vida corporal, recién sobre esta base habilita también la comprensión del resto de su naturaleza y modo de actuar. Y así como lo único que puede brindar orientación acerca de nuestras necesidades nutricionales o corporales en general es la investigación particular cuidadosa y el examen de los hechos, tampoco aquí hay directiva válida salvo la que gustamos celebrar en el campo de lo ético como directiva suprema: aquella que considera que lo más pequeño, lo ínfimo, lo que se encuentra en la escala inferior bajo ningún concepto es menos atendible que lo que está provisto de todas las dignidades humanas.

A tal fin resulta de relevancia crucial la valoración de la abstinencia como función sexual, valoración sin prejuicio alguno frente a consideraciones parciales de la índole que fueran. Si en varios sentidos sigue estando entre las cuestiones sin resolver, es posible que tenga que ver con el hecho de que sobre las secreciones internas de las glándulas endocrinas y la afinidad entre estas (que quizás pueda desempeñar un mayor papel sustitutivo de lo que suponemos) no se tiene ni por lejos conocimiento tan preciso como sobre las secreciones sexuales externas; de modo que no es posible tener un panorama real de las influencias por parte de ellas a las que podemos estar sometidos incluso cuando la función sexual hacia afuera queda suprimida (como, en el caso más frecuente, cuando dada la extirpación solo del útero o del miembro pero no de los ovarios o el escroto, los caracteres sexuales secundarios no se ven afectados). Porque no dejaría de ser imaginable que desde algún que otro punto similar una vez se llegue a conclusiones para la abstinencia sexual que la presenten ya no como algo meramente admisible en términos higiénicos, sino como valiosa, en el sentido del valor que incrementa la energía, en tanto la reabsorbe y la transforma. Y entonces habrá muchas mujeres que con una sonrisa oculta sentirán que hacía tiempo que sabían algo al respecto; ellas, en quienes la represión

sexual impuesta durante tantos siglos cristianos —al menos en algunos estratos— se tradujo en una independencia natural frente a la necesidad desnuda de lo pulsional; ellas, quienes por ese motivo hoy deberían pensarlo tres, no: diez mil veces antes de permitir que el fruto de una larga y dura batalla cultural, que ya casi caía en su regazo sin esfuerzo alguno, se les escape en pos de una libertad de amar más moderna, porque bastan muchas generaciones menos para su privación que para su adquisición.

Sin embargo, con la misma imparcialidad es necesario encarar las demás posibilidades que pueden advertirnos sobre un menoscabo demasiado negligente de lo sexual. Es decir, los casos que permiten reconocer el estímulo sexual como sustituto natural de los inmensos estimulantes de los que disponía el cuerpo infantil en crecimiento en el resto de su vida sensorial mediante los fuertes estímulos externos que le resultan todavía tan nuevos. Los casos que cuentan de enfermos jóvenes para quienes experimentar lo sexual se convirtió en sanación, incluso sin impulso propio alguno, o de muchachas anémicas, que hasta florecieron en un matrimonio no deseado, y que se fortalecieron bajo la influencia de los cambios en la tonicidad de los tejidos y en el metabolismo. Todos aquellos casos donde se vuelve evidente el peligro de que la fuerza vital más interna, si es retenida, no se traduciría de manera efectiva en transformaciones fecundas entre la juventud y la adultez, sino que se concentraría hasta generar una suerte de intoxicación, obstruyendo y deteniendo la vida. Y aunque incluso a estos indicios se los pueda confrontar con otros, diferentes en su esencia, así y todo, hay que constatar que muchas veces la inhibición física hace que el ser humano sufra una merma de su productividad intelectual, incluso de su valor humano más individual.

Por estos motivos, todo aquello que pueda contribuir al más frío examen de tales cuestiones será bienvenido, y deberá poder tratarlas *como un problema en sí mismo*, sin permitir que se entrometan otras opiniones, ya sea una idealización a priori de las necesidades corporales —tal como a veces se presenta en calidad de «helenismo» modernizado—, ya sean exigencias del erotismo en sentido más

estrecho. Porque también hay que resaltar que la actual aspiración de refinamiento e individualización de los sentimientos amorosos no permite resolver por sí misma tales cuestiones. Pero no por eso deja de ser menos respetable, y toda fuerza pura que esta aspiración ayuda a promover implica una enorme ganancia. Solo que la sutileza cada vez mayor en la elección amorosa no hace más que incrementar, en primer término, las dificultades de su propia consumación. Porque nuestra madurez fisiológica solo coincide en contadísimas ocasiones con constituciones del alma de tal excepcionalidad, y, dicho sea de paso, ambas casi con la misma poca frecuencia con la madurez mental y de carácter de una persona que se espera forme un vínculo estable.

En términos generales, se puede decir que la mezcla de todos los puntos de vista prácticos posibles —de índole higiénica, romántica, pedagógica, utilitarista— es cuestionable en la medida en que lo objetivo en sentido estricto siempre parece pasar de uno a otro antes de llegar a expresarse atinadamente. Así, la cuestión fisiológica, por ejemplo, se ve prematuramente convocada por una cultura del cuerpo que idealiza la robustez o, a la inversa, desacreditada por una que idealiza la delicadeza; estas, a su vez, por temor a ser confundidas con sus colegas robustos, se ven rápidamente sometidas a un proceso conyugal acelerado, que por su lado tiene que ser considerado con tantas concesiones mitigadoras que finalmente se presenta a sí mismo con presunto fundamento fisiológico: con lo cual habría ido a parar de nuevo felizmente al punto de partida. Y así, para no caer en un tono frívolo ni tradicional, se tañe alternadamente un tono libre, entusiasta o uno algo gruñón y cursi; más o menos como cuando en tiempos remotos las deidades destituidas son degradadas a demonios y a nadie se le ocurre pensar que hace poco todavía eran objeto de fe: hasta que una investigación más escéptica descubre que incluso en sus sucesores volvieron a revivir. Razón por la cual para un examen imparcial de las cosas tal vez sea saludable hacer cierta abstracción del rango respectivo, así como de toda perspectiva de reforma o retrospectiva de lucha.

TEMA

•

Dos características son distintivas del problema de lo erótico: por un lado, hay que considerarlo un caso excepcional entre las relaciones físicas, psíquicas y sociales en general, y no algo autárquico, como suele suceder. Pero, dicho esto, en su interior vuelve a *interrelacionar* estas tres formas de relación, fusionándolas así en una sola, y en un problema *de su propia incumbencia*.

Por el hecho de hundir sus raíces en las capas subterráneas de toda existencia crece siempre desde el mismo suelo firme y rico, no importa hasta qué altura se extienda, qué tamaño alcance esa maravilla de árbol voluminoso que llegue a ser; e incluso cuando el suelo está obstruido por completo permanece debajo con su oscura y terrosa fuerza de raíz. Allí radica, precisamente, su imponente valor vital: por más capaz que sea de obtener amplia exclusividad o encarnar ideales elevados, no depende de eso, sino que puede incrementar su fuerza absorbiéndola de cualquier reino terrenal, se adapta a cualquier circunstancia al servicio de la vida. Tal es así que lo encontramos ya asociado a los procesos de nuestra corporalidad que transcurren casi puramente de manera vegetativa, uniéndose estrechamente con ellos, y aunque no se vuelve lisa y llanamente condición de la existencia, como estas funciones, sí ejerce también sobre ellas enorme influencia. De ahí que también en sus fases y modalidades propias más elevadas, incluso en la cima de los más

complicados embelesos amorosos, conserve, imborrable, algo de este origen profundo y simple: algo de esa buena alegría que percibe lo corporal en el sentido inmediato de su satisfacción como vivencia joven, siempre renovada, como si fuera la vida en su sentido original. Al igual que toda persona sana siempre vuelve a disfrutar a pleno su despertar o su pan de cada día, o un paseo al aire libre, como si con cada día volviera a nacer rejuvenecida, y al igual que en ocasiones se detectan con justa razón los inicios de una crispación nerviosa cuando este tipo de cotidianidades, de necesidades primigenias, repentinamente se ven teñidas de «aburrimiento» y «monotonía», generando hastío; así también en la vida amorosa, detrás y debajo de sus demás dichas, siempre está incluida aquella que el ser humano, sin sensacionalismos ni cálculos posibles, comparte con todo lo que respira con él.

Lo erótico libidinoso ya no se restringe a eso solo, ya que el animal superior acompaña su acto sexual de un afecto cerebral que excita su materia nerviosa hasta exaltarla: lo sexual chocará con los sentimientos y, en última instancia, con el romanticismo, elevándose hasta los ápices y encumbramientos más finamente bifurcados en el ámbito de lo más individual que existe en el ser humano. Pero este desarrollo amoroso ascendente tiene lugar de antemano sobre un fundamento de creciente oscilación: en lugar de lo que permanece eternamente igual y vale eternamente lo mismo, ahora sobre la base de aquella ley de todo lo libidinoso según la cual la fuerza del estímulo decrece a medida que se repite. La escrupulosidad con respecto al objeto y al momento —por más que implique una prueba de amor superior— se paga con el cansancio frente a lo que se desea con vehemencia tanto mayor, es decir con las ansias de lo no repetido, de la fuerza del estímulo aún no debilitada: del *cambio*. Se puede decir: la vida amorosa natural en todos sus desarrollos, y en mayor medida en los más individualizados, se construye sobre el principio de la infidelidad. Porque el acostumbamiento, en tanto representa lo opuesto, una fuerza antagonista, por su parte, y al menos en su sentido rudimentario, sigue siendo una de las consecuencias de

las necesidades físicas de orden más bien vegetativo, adversas a los cambios, que nos son inherentes.

Sin embargo, se trata del principio sin duda más mental, es decir, el más complejo en lo que hace a la vida, el que impele a la modificación y al consumo escrupuloso de los estímulos; es el comportamiento sensatamente incrementado, que por esa misma razón no sabe nada de aquella solidez de la edad, de la estabilidad de los procesos más primitivos, que en algunos aspectos nos los convierten en una base de una certeza similar a la de lo inorgánico..., casi como piso sólido de tierra o rocas. Así es que no se trata ni de debilidad ni de inferioridad de lo erótico si a su manera se encuentra en tensión con la fidelidad, más bien implica en este caso su ascenso característico a contextos vitales más amplios. Y por ese motivo, cuando ya es incluido en tales contextos, es necesario que conserve mucho de esa sensibilidad insuficiente, en la misma medida en que por su lado solo se basa en los procesos más primigenios de la vida orgánica. Es más, si a estos —lo «más corporal» en nosotros— no hay que examinarlos sino con respetuosa imparcialidad, sin duda también lo erótico es digno de una idéntica demostración de consideración incluso en sus fanfarronadas atolondradas: aunque estemos acostumbrados a ver en estas solo lo que hizo de ellas el chivo expiatorio de toda tragedia amorosa.

El contexto en el que lo erótico —al menos en el mejor de los casos— depona sus peores vicios está dado en nuestro comportamiento mental. Cuando damos cabida a algo en nuestra razón y conciencia en lugar de hacerlo solo en nuestro deseo físico o psíquico, no solo lo vivimos en la fuerza del estímulo decreciente de la satisfacción de este deseo, sino en el interés creciente del entendimiento, por ende, en su carácter único e humanamente irrepetible. Recién ahí surge el sentido pleno de lo que, en el amor, impele al ser humano hacia el ser humano, en tanto segundo, en tanto otro yo irrepetible, para consumarse solo en la interacción con él como fin en sí mismo, no como recurso amoroso. Si recién entonces el amor asume su significado social, queda claro que esto no es válido para

el lado externo del asunto: porque su adaptación a las consecuencias externas de este, el hecho de estar vinculado inexorablemente al círculo de intereses generales, también entaña su contracara social ya en sus etapas previas. Pero aquí queda al descubierto su sentido vital más íntimo: el grado mental de vitalidad, frente al cual incluso la pulsión de cambio se sigue manifestando como un déficit de movilidad interna por requerir impulsos de afuera para echar a rodar activamente, mientras que aquí más bien molestarían, incluso obstruirían. Así, la fidelidad y la constancia obtienen un trasfondo diferente: en esta superioridad de la mayor plenitud vital, de lo que más da lugar a la vida, residen nuevas posibilidades de organización hacia fuera; un mundo de lo que persiste se vuelve otra vez realizable, un suelo más seguro, renovado, para todo devenir de la vida; en analogía con nuestra base física y con aquello que de nuestro organismo confluye en la criatura en tanto encarnación de la meta final del amor.

Sin embargo, la esencia de lo erótico en sí no se circunscribe por completo a sus tres fases, sino recién al hecho de que estas se *encuentren en relación* mutua. Por ese motivo, en su ámbito es extremadamente difícil distinguir jerarquías, y no se manifiesta como la clara construcción en etapas que puede elaborarse desde la teoría, sino como la totalidad que siempre se reconfigura y no puede desmembrarse, porque está viva. Podemos estimar a esta totalidad, según el caso, mayor o menor de lo que es, pero nunca sabemos en cada caso, si no abarca también su contenido pleno cuando ni siquiera se le puede volver consciente a sí misma: por ejemplo, cuando la criatura, que encarna la respuesta fisiológica al objetivo amoroso pleno incluso cuando la vaga inconsciencia de tiempos remotos se lo atribuye no al acto sexual, sino a las causas demoníacas más extravagantes. De modo que aquí se vuelve necesario completar lo disertado hasta ahora en la medida en que también el factor físico en lo erótico, que hasta el final ejerce su influencia en todo, también por su lado ya recibe de antemano influencia de los demás factores que se sustraen a las comprobaciones exactas: solo al *aprehender la totalidad* del ser se caracteriza el problema.

EL ACTO SEXUAL

•

En el mundo de los seres vivos menos diferenciados —en su justa proporción— la cópula se realiza a través de una totalidad redonda y pequeña que está en sí misma tan poco subdividida que podría asumir sentido alegórico. En la conjugación de los organismos unicelulares (en la que, de tanto en tanto, parece radicar también su autoreproducción) se fusionan por completo ambos núcleos celulares, conformando el nuevo ser, y solo lo que es irrelevante en la periferia de la célula antigua se disuelve y se extingue en este proceso: procreación, criatura, muerte e inmortalidad aún son una sola cosa. Todavía puede tomarse a la cría por uno de sus progenitores, el siguiente por el anterior, más o menos como tomamos una unidad por otra en el ámbito de lo que llamamos «inanimado». En cuanto, a medida que los órganos se van diferenciando, la conjugación sacrifica su totalidad y ya solo puede tener lugar de manera parcial, la contradicción, sin embargo, se evidencia en toda su nitidez: lo que conserva la vida condiciona a la vez la muerte. En muchas ocasiones, se da con tal inmediatez que ambos procesos aparentan ser uno solo, aunque se lleven a cabo en dos seres como en dos generaciones. Cuando al fin la diferenciación en el individuo va tan irrepitiblemente lejos y los progenitores no sobreviven bajo ningún concepto en el producto de su procreación, la muerte abandona la alianza espontánea, dado que el animal ya

solo participa de manera indirecta del acto sexual con su propia corporalidad desarrollada. Es decir, aportando de sí solo aquello que ya ha recibido por herencia sin absorberlo en su desarrollo individual: digamos que el sexo se transmite por lo bajo.

Así, el proceso habría arribado al extremo más opuesto de su inicio, y toda la pulsión de autoconservación, que originariamente mostraba al núcleo celular tan ingenioso en su manera de procrear, se habría emancipado —en cierto punto casi perversamente— de aquello que, irrelevante y sin pretensiones en su origen, había fenecido en la periferia celular. Pero las células reproductoras mismas ignoran desde tiempos remotos todas estas grandes transformaciones, casi como si siguieran dominando como antes todo el reino de la vida y no solo una pequeñísima y cada vez más reducida provincia en su interior. Porque al reunirse en ellas todo lo que permite que un individuo tan diferenciado pueda reconstruirse, no solo llevan en sí mismas de manera imperturbable el mismo carácter de totalidad, sino que dejan también su marca en la influencia temporaria que ejercen sobre el cuerpo que las alberga en su interior.

Es probable que tales influencias se encuentren en el origen del hecho de que justo la forma más primitiva de unión entre seres vivos —la fusión total de los organismos unicelulares— se corresponda en analogía tan milagrosa con lo que, en sueños de amor supremo, la mente podría imaginarse bajo el concepto de plena felicidad amorosa. Y es probable que por eso el amor se sienta rodeado de un ligero manto de ansias y temores de muerte, difíciles de distinguir entre sí con claridad, como si fuera una suerte de sueño primigenio: donde el propio yo, el ser amado, y el hijo de ambos aún pueden ser uno, y tan solo tres modos de nombrar la misma inmortalidad. Por otro lado, en esto radica el contraste entre lo más rudimentario y lo más sublime que es propio de los asuntos del amor y ya puede llamar la atención con humor en los animales cuando son capaces de vincular sus necesidades sexuales con la hipnosis más emotiva. En el mundo de los humanos no siempre se conserva el humor de la cuestión en estos vaivenes de lo rudo a lo hipersentimental. Una oscura comprensión

al respecto también condiciona el pudor espontáneo, profundamente instintivo, que pueden sentir personas muy jóvenes e inocentes ante la relación sexual: un pudor que no se debe ni a su falta de experiencia ni a discursos morales bienintencionados, sino al hecho de que con su impulso amoroso se referían a la totalidad de sí mismas, y la transición de ahí a una acción física parcial los confunde, casi como ante la presencia secreta de un tercero, extraño: precisamente, del cuerpo como una persona parcial en sí misma; como si aún poco antes, aún en el lenguaje desvalido de sus ansias, hubieran estado próximos, casi a mayor cercanía, más completos, a mayor inmediatez.

No obstante, lo sexual mismo anhela disolver en sí dentro de lo posible contrastes y contradicciones que lo confunden a raíz de la división del trabajo de las funciones. Se asocia sin descanso a todas las pulsiones de las cuales consigue echar mano. En sus inicios, quizás más emparentado a la pulsión de voracidad —que en tanto conformada muy tempranamente también aún se aplicaba a todo—, pronto ya la deja tras de sí por su mayor especialización. Si hoy en día hay amantes que aseguran que quisieran comerse de amor, o si arañas hembra, en un acto de maldad, efectivamente lo siguen haciendo con su pobre araña macho, tal extralimitación intimidante no se produce del comer hacia el amar, sino a la inversa: el deseo sexual en tanto *manifestación total* es la que arrastra consigo hacia su excitación a todos los órganos diferenciados. Y lo logra con gran facilidad. Porque, por así decirlo, todos provienen del mismo cuarto infantil que los habitantes de los órganos sexuales, ya que al fin y al cabo cualquiera de ellos podría haber hecho las veces de «celulitas reproductoras» si la encarnación demoníaca de la soberbia no los hubiera forzado a una diferenciación tan avanzada. Por ese motivo, el recuerdo, con el que lo sexual sabe imponerse, resuena fuerte en ellos, olvidan lo maravillosamente lejos que han llegado entre tanto y añoran, más de lo que es lícito para un órgano, auténtico y elaborado, de las especies animales superiores, una nostalgia insospechada de los buenos viejos tiempos de las primeras formaciones y divisiones en el óvulo materno.

Semejante arrebató de regresión —arrebató que en el ámbito humano se llamaría sentimental— se encuentra en la base de la infinita excitación general del ser que dispara el acto sexual. Y cuanto más se lo arrincone en el transcurso del desarrollo, cuanto más se convierta en un acto especial, tanto más crece en igual medida la importancia de su influencia global sobre el resto, porque lo que allí ocurre —la confluencia de dos seres en embriaguez erótica— no es la única y tal vez ni siquiera la verdadera unión en cuestión. En primer lugar, se trata de nosotros mismos, en quienes todas las vidas particulares del cuerpo y del alma vuelven a unirse en el ardor de una nostalgia compartida, en lugar de seguir viviendo cada uno para sí, desinteresadamente, casi sin tomar nota del otro, como miembros de una gran familia que solo en los aniversarios saben que son «carne de su carne, sangre de su sangre». Cuanto más compleja sea la especie de los organismos a la que ascendemos, más grandiosos aniversarios y jubileos serán aquellas vivencias por naturaleza que, bajo la influencia y el trabajo del plasma germinal —como si fuera el tío rico de los Estados Unidos—, de pronto alarman todo hasta los recovecos más ocultos de nuestro ser, en una suntuosa fiesta del linaje y de los géneros.

Y es así que se dice también con cierta razón: el amor siempre hace feliz, también el amor no correspondido... con solo tomar esta expresión sin sentimentalismo, es decir, sin consideración del compañero. Porque, aunque parezcamos estar colmados de él, lo estamos de hecho de nuestro propio estado que, en tanto propio de la embriaguez, no nos deja en buenas condiciones para ocuparnos de algo con objetividad. El objeto amado es mero motivo de excitación: solo como un sonido o un aroma de afuera, fabricando mundos enteros, puede verse atrapado en un sueño nocturno. Y los amantes evalúan su pertenencia mutua muy instintivamente según esta única cuestión: el hecho de tornarse recíprocamente productivos en lo mental y en lo físico, que los atrae y alivia en igual medida, tal como acontece en el acto amoroso entre los cuerpos. Si, en cambio, se vuelven demasiado accesibles en términos objetivos a las

sospechosas alabanzas del otro, rápidamente se da la famosa caída violenta de las nubes de la idolatría que toda persona de cierta experiencia, sacudiendo la cabeza, suele predecir para todos los enamorados, y la insensatez del amor, poco antes aún adornada con oropel hasta ser convertida en princesa, se descubre a sí misma como cenicienta. En su vestido de oropel olvidó que lo obtuvo a modo de agradecimiento por haber hecho feliz al otro, es más, que tal vez, de manera inconsciente, incluso nunca esté libre de un deseo de resarcimiento generoso de aquel egoísmo erótico que solo se celebró a sí mismo en el acto. Y que además colocó entre sí mismo y los demás, cual sombra dorada, la inconcebible formación fantasmagórica que asume el papel de mediador entre ambos.

LA ALUCINACIÓN ERÓTICA

•

Ahora bien, es interesante observar que precisamente en este punto el tema de lo erótico es tratado con una negligencia digna de una madrastra. Por cierto, esta intervención de la mente en la embriaguez del amor entraña tanta... embriaguez, síntomas tan claros de ebriedad, que no parece haber escapatoria a relegarla al terreno de lo romántico, o a desconfiar de ella atribuyéndole en cierta medida carácter patológico. En general, solo se pone el dedo en la llaga de esta cuestión como si el gorro de bufón que por momentos se coloca la razón impidiera tomar en serio su propio estado. Por lo general, uno se conforma con poner la sexualidad bajo la lupa tal como aparece localizada en los centros cerebrales inferiores, para luego anexarle el material emocional de índole no erótica que gracias a Dios nuestro señor de a poco efectivamente se va uniendo a ella, como por ejemplo el cariño, la bondad, la amistad, la conciencia del deber y similares, que ni siquiera son fomentados por la extasiada sobreestimación disparada, al contrario, en un principio esta solo constituye un obstáculo para el amor en tanto planta de utilidad social.

Pero algo del orden de lo íntimamente humano propio de la experiencia sexual se pierde si se despacha sin más por irrelevante a la locura humana, como *quantité négligeable*. Recién considerando las efusiones de los más descabellados pareceres de los amantes de

todos los tiempos y pueblos completamos el material de aquello en lo que el ser humano ha convertido al sexo en virtud de su intelecto acalorado: y solo cuando no le echamos ni una mirada romántica ni lo contemplamos con interés medianamente médico.

Porque al fin y al cabo entraña el lenguaje mental de lo que desde días antediluvianos el sexo se ha esforzado por expresar con claridad corporal como su único sentido: que toma y da el todo. La revolución de las células reproductoras, que estas, poco a poco únicas plenamente partícipes, causan en el resto del cuerpo, el levantamiento de estos elementos retrógrados, hijos de libertos —por así decirlo, de nuestra nobleza primigenia— en el estado corporal bien ordenado, llega a oídos de la mente. En esta, en tanto órgano superior que subsume la diversidad de los demás, su voluntad auto-crática puede hallar ecos; incluso ya la mera existencia de la mente concreta parcialmente sus deseos pretensiosos, en tanto desde ella recién reverberan en todo como poder unificado, por más que de a ratos no sea más que pirotecnia aparente: una ilusión.

Se entiende por qué incluso Schopenhauer aflojó la bolsa metafísica para denostar esta ilusión amorosa considerándola una de las trampas para ratones más pícaras de su «voluntad de vivir», incluyendo a su señuelo deslumbrante: prácticamente es posible percibir ahí la ira de todos los burlados. Porque, por cierto, a partir del instante en que lo sexual simplemente es puesto en línea en tanto proceso particular entre muchos otros en el cuerpo altamente organizado, la ferviente y candente conmoción total en cierta medida termina girando en falso. Ya solo puede ser cuestión de lujo en torno a los hechos sexuales, como si su tarea fuera atraer y seducir, revistiendo y decorando lo que tiene de necesario y real con una abundancia derrochadora, que jamás realidad alguna recompensa. Y sin embargo así no se somete solo a un autoengaño, por más que involuntariamente engañe a muchos otros: solo intenta por primera vez con recursos puramente mentales abrirse un camino propio, un camino mental, por las aflicciones físicas hasta llegar a algún paraíso perdido. Por ese motivo experimentamos el amor con mayor certeza

en la medida en que es más auténtico en nosotros, y si se inmiscuye toda nuestra fuerza cerebral en su ayuda, con locura aún mayor.

No es raro que en toda la manera en que se comportan los amantes se halla expresado algo de esa intuición de, a fin de cuentas, solo ser visible para el otro sublimado, velado y, sin pose ni intención alguna, como una suerte de cautivada aceptación de su fantasía. Es que ciertas cosas, las más bellas, solo pueden experimentarse en toda su dimensión si, digamos, se las estiliza, si no se las aborda desde el mero realismo, como si en ellas una plenitud inmensamente poética solo pudiera ser admitida con ayuda de una forma tanto más constreñida: dispuesta por un reverente anhelo de belleza, al que uno se entrega con más recato que nunca, más franqueza que nunca, es decir, en una combinación totalmente nueva de modos de ser. Y en este efecto mediado por el delirio, sin embargo, con una influencia más comprometida de lo que toda dependencia efectiva jamás lograría establecer; porque aunque así el otro quede «afuera», fuera de nosotros —solo rozando fecundamente nuestro entorno esencial— igual recién desde ese punto se nos despliega todo el resto del mundo, se convierte para nosotros en el verdadero punto de comunión con la vida, ese lado externo de las cosas que normalmente nunca puede ser incluido del todo en el interior: se convierte en el medio que nos vuelve expresiva la vida, encuentra los sonidos y acentos que nos llegan directo al alma. Amar, en el más serio de sus sentidos, significa: saber de alguien cuyo color deben asumir las cosas para llegarnos bien de cerca, para dejar de ser indiferentes o aterradoras, frías o huecas, para que incluso las más amenazantes entre ellas, cual bestias malignas que ingresan al jardín del Edén, se tiendan mansas a nuestros pies. En las canciones de amor más bellas vive algo de esa sensación potente, como si lo amado no fuera solo lo que es, sino también la hoja que tiembla en el árbol, también el rayo que reluce en el agua... transformada en todas las cosas y transformadora de las cosas: una imagen desperdigada en la infinitud del universo para que, no importa dónde nos movamos, siempre acontezca en nuestro propio terruño.

De ahí que se tema con tanta razón el fin de una embriaguez amorosa por llegar a conocerse demasiado, de ahí que toda verdadera embriaguez comience con una suerte de arrebató creativo, que hace vibrar a los sentidos y la mente. De ahí, por más que el otro nos ocupe intensamente, una apenas módica curiosidad por saber cómo «es» en realidad, e incluso en los casos en que las expectativas que fortalecieron y profundizaron una alianza en todas las direcciones se superan ampliamente, igual surja en ocasiones una fuerte decepción solo por el hecho de que no exista más el margen de acción para comportarse hacia el otro en clave creadora, poética, «lúdica». Ínfimas susceptibilidades suelen adherirse así a esos mismísimos pequeños rasgos que anteriormente servían de especial incentivo y por eso despertaban especial fascinación: el hecho de que entonces, a posteriori, no puedan al menos dejarnos indiferentes, sino que más bien nos irriten, nos recuerda lo ajeno que era el mundo ante el cual nuestros nervios solían estremecerse, y lo ajeno que sigue siendo.

EROTISMO Y ARTE

•

Comprendemos mejor los impulsos últimos y verdaderos de lo erótico estableciendo una comparación con otros alumbramientos fuertes de la imaginación, en particular, los de la creatividad artística. Sin duda hallamos aquí un parentesco profundo, casi se diría un parentesco sanguíneo, por el hecho de que también en el quehacer artístico actúan fuerzas más antiguas y se abren paso con apasionada excitación entre las que adquirió el individuo: en ambos casos, envolviendo misteriosas síntesis de pasado y presente como experiencia fundamental, en ambos casos, entrañando la embriaguez de su secreta interacción.

En estas oscuras zonas lindantes, el papel que también en este segundo caso pueda desempeñar el plasma germinal mismo se ha investigado poco y nada; pero el hecho de que la pulsión artística y la pulsión sexual ofrezcan analogías tan vastas, que el embeleso estético se traslade sin ser notado al terreno de lo erótico, que el anhelo erótico eche mano tan instintivamente de lo estético, es decir, del adorno (es posible que este se haya creado en los animales junto con su aspecto físico), parece un signo de crecimiento fraterno a partir de la misma raíz. Parece significar el mismísimo ascenso de vida primigenia no consumida hacia lo más personal de todo, en cierta medida el mismo retorno de las fuerzas particulares dispersas hacia la profunda calidez de la tierra, donde radica todo lo creativo y

que permite que lo creado pueda ser alumbrado como una totalidad vital. Y si lo sexual se puede considerar un nuevo despertar de lo más remoto, de su memoria corporal, también es cierto para el creador artístico en igual medida que, por así decirlo, la sabiduría de la herencia en él deba devenir el recuerdo más personal, la asociación con aquello más presente, más propio, una suerte de llamada del sueño de lo sido por la rebelión de la hora.

Pero durante el proceso artístico, la excitación física en esta rebelión solo asume, con respecto a la conmoción general, la función de un factor concomitante, al destacarse el resultado mismo como un producto cerebral de la más individual de las combinaciones; en cambio, en lo sexual, los procesos físicos solo dejan que la exaltación mental resuene, a la inversa, como algo incidental, esforzándose por alcanzar como «obra» la existencia física de una criatura y nada más. Por este motivo, lo erótico expresa tanto más que lo artístico su embriaguez en meras alucinaciones, en tantas «falsedades». Es probable que también en el artista el estado especial en el que se encuentra en cada caso transgreda el estado de la norma, como una anomalía, una violación de lo presente, de lo dado y fijamente establecido, por la excitante interacción de pretensiones del pasado y del futuro en su interior. Solo que este «comportamiento amoroso interior», que también es lo máspreciado *para él*, encuentra tanto su última explicación como su consumación final en suelo mental, se concentra y resuelve más o menos íntegramente en su obra, mientras que el estado mental erótico, dado que le falta ese final que lo justifique, permanece encasillado en el engranaje de los demás aspectos de la vida como un modo especial de la extravagancia, en cualquier caso, como anormalidad.

Pese a que por ese motivo el artista puede, mucho más que el amante, dar rienda suelta a su imaginación sin verse circunscripto a una realidad del amado, que se impone en el plano de lo práctico, a raíz de sus propias relaciones vitales, en efecto, solo él, el creador, subordina sus fantasías a esta: solo él crea lo real nuevo a partir de lo existente, mientras que el amante solo lo agasaja, impotente, con

sus invenciones. Por ese motivo, en lugar de poder descansar en la armonía alcanzada de la obra resultante, tal como es lícito para la imaginación del artista, la poesía del amor transita inconclusa la vida entera, buscando y obsequiando, y el carácter trágico de su obra exterior radica en que no puede ni liberarse mentalmente de la existencia física de su objeto, ni quedarse limitada dentro de este. El amor, así, se vuelve lo más físico, a la vez que lo aparentemente más espiritista, lo más creyente en fantasmas que habita en nosotros; se atiene enteramente al cuerpo, pero enteramente a él como símbolo, como escritura corporal de todo lo que quiere colarse en nuestra alma a través de la puerta de los sentidos, a fin de despertarlos para sus sueños más desmedidos: añadiendo por doquier, en consecuencia, a la posesión la intuición de lo inalcanzable, hermanando por doquier consumación y renuncia como si la diferencia no fuera más que una cuestión gradual. El hecho de que el amor nos vuelva creativos por encima de nuestras capacidades hace que tome semejante forma de anhelo no solo entre nosotros y el objeto de nuestro deseo erótico, sino también hacia todo lo elevado a lo que, en este sueño, nos dirigimos al encuentro.

Es por eso que mientras aún en la creación artística la coexcitación física de la creación mental va menguando sin más en tanto incidente irrelevante, en lo erótico, en lo físicamente creativo, no sucede lo mismo. El excedente mental que vibra a la par se suma por así decirlo a un tono fundamental que resuena, nuevo, intercediendo a favor de todos los anhelos de lo inciertamente inefable. Es como si algo, por el mero hecho de haberse individualizado hasta alcanzar naturaleza mental, asumiera su distinción en el hecho de ya no dejarse despachar como mero instrumento secundario o recurso concomitante, sino a partir de entonces tener que proceder una y otra vez como organizador por cuenta propia, aunque se tratara de resucitar con su aliento al más invisible, al más inexistente de los mundos.

IDEALIZACIÓN

•

Cabe preguntarse aquí cómo se explica en realidad todo ese impulso hacia la idealización que parece calar tan hondo justamente en los actos creativos. Y si de hecho no constituye un factor esencial de sus realizaciones, en la medida que podían verse como síntesis de afuera y adentro, de lo remoto y lo próximo, sustancia del mundo y de sí mismo, fundamento primitivo y cúspide.

También cuando no se trata de tales actos de índole más excepcional sino de nuestra existencia cotidiana, el mero hecho humano de nuestra conciencia parte de un sustento similar: la misma necesidad de sintetizar una confrontación de mundo y yo, afuera y adentro, que ya le es consustancial. La envergadura de esta síntesis basta para diferenciar lo que puede alcanzar el ser humano y el animal. En la misma medida que se potencia la conciencia de vida, lo hace este proceso: abarcando, en consecuencia, lo que yace a mayor profundidad, lo que actúa a mayor distancia, y más próximo así al comportamiento que en sentido más estricto llamamos creativo. Hasta que se supera un opuesto de tal contundencia, hasta que se descarga en una unidad tan fecunda como si en cierta medida el devenir mundo y el nacimiento del yo volvieran a experimentarse, a vivirse... lo que por sí solo inculca a lo creado por nosotros vitalidad propia, en lugar de una existencia ancilar aparente y esencia superficial.

Entonces, en la misma medida que esto sucede, notamos la actividad de idealización en plena marcha. El amante al igual que el creador, el que produce una criatura al igual que el que crea una obra del intelecto, todos se caracterizan por sus ingenuos embelesos, imposibles de apreciar con objetividad. El opuesto mencionado, en mayor medida cuanto más relevante sea lo representado, a ojos vistas solo puede encontrarse en terreno común como consecuencia de semejante intensificación recíproca, solo puede compensar sus pretensiones y sus singularidades en un nivel así de incrementado, y la incitación —el mismo sentimiento de vida intensificado— ya condiciona también un procedimiento de esta índole con total inmediatez. Es como si así tuviera que darse una suerte de consagración de aquello en lo que ambos lados se salen al encuentro para la alianza, de modo que, unidos, parecieran estar como «en suelo sagrado». Como si aquello que llamamos «idealizar» fuera, por así decirlo, un acto primigenio de creación de las criaturas, algo de su primerísima repetición autónoma y continuación de toda vida; y que solo por eso ya anticipa tan temprano su accionar, incluso en la pulsión física de apareamiento, con las primeras huellas de algún tipo de actividad cerebral. Y como si de ahí, en pos de eso, surgiera la gran embriaguez de regocijo existencial, como cantos de júbilo de aves matutinas, cuando el sol quiere asomar sobre un nuevo día de la creación... porque no hay tres cosas en la tierra que estén más profundamente vinculadas entre sí que estas: creación, adoración y alegría.

Si uno se acerca a tientas a la oscuridad de los orígenes del hombre y de la prehistoria de la humanidad, los últimos puntos reconocibles con los que uno se topa son manifestaciones religiosas. Aquello en lo que su conciencia recién despertada se fusiona con un mundo exterior al que acaba de ser confrontado siempre es de una manera u otra una deidad. Es esta la que vuelve a garantizar la unidad necesaria para que luego puedan surgir de ahí las diversas tendencias de la cultura incipiente. Pero el acto de tomar conciencia es, en sí mismo y frente a la autopercepción meramente animal apenas despertada, una tan elevada potenciación de la vida que uno

comprende que de todas las necesidades y desamparos que con ello se constituyen, la conciencia haya elegido, en calidad de primera creación original humana, una del orden de lo divino. Porque significa nada más y nada menos que el arma decisiva en la lucha de la vida ya no es más tan solo la puramente material del mundo animal tan superior en términos de fuerza, sino un *acto de imaginación*. Aunque no como subestimación que apacigüe la xenofobia inherente a los hechos, sino más bien como su sobreestimación hasta lo inasible de los efectos mágicos, sí solo siente —en la medida que a la vez también la fuerza humana se siente volverse más profundamente consciente— que no es equivalente a la mera materialidad de lo visible. Y por eso, en pleno ímpetu de rivalidad, la lucha ya no es más solo la persecución momentánea de una presa, sino, y a la vez, una captura de la unidad que establece con todo lo vivo que lo rodea, donde el animal sigue teniendo sus raíces; un intento de experimentar esa unidad en lo divino, en lo intensificado por la magia. Es que incluso en la sangre que se derrama, en la carne que se deglute, el ser humano, probando fuerzas con el enemigo, contrae algo de una alianza semejante, de un enlace religioso; al dar por sentado hechos, y situándolos así, no obstante, en su futuro, celebra anticipadamente, hambriento por vez primera y sediento de un modo diferente, la cena de su redención mental.

Solo por el hecho de que esta compulsión interna a potenciar las cosas, a idealizarlas, ya significa en el sentido más primitivo «comportarse de manera creativa», solo por eso lo reencontramos por doquier en los puntos culminantes de las acciones humanas, finalmente desembocando en las puntas más finas de sus vivencias. Por este motivo, nuestra productividad más alta tiene el carácter peculiar de que se percibe casi antes como concepción que como la última exacerbación de nuestra espontaneidad, y que es inherente a nuestra productividad más extrema estar entregada a valores que nos trascienden. Cuando somos dueños de la vida como nunca antes, estamos más cerca que nunca de un espíritu de consagración y devoción: porque no son tanto modalidades de una vivencia

particular, sino más bien últimos acentos de su intensidad en sí misma. Es como si en el camino a una descarga cada vez más fecunda, de un ser cada vez más creador, nuestro yo se volviera estéril si no se sintiera en los puntos culminantes misteriosamente partido de nuevo en la dualidad original de su base que garantizaba por sí sola su unidad. Como si algo de los símbolos de deidad primigenia, entre miles de disfraces y refinamientos, siguiera atravesando todo, compañero de ruta de todas las personas y tiempos: como si la fuerza creadora misma solo fuera la contracara de una adoración... y la última imagen de todo acontecer fuera una fecundación y concepción sellando una alianza.

EROTISMO Y RELIGIÓN

•

Si la religión es objeto de las más variadas definiciones y su naturaleza se interpreta desde siempre de las maneras más contradictorias, probablemente se deba a la intensidad con que según su afecto de base coincide con nuestros afectos vitales más íntimos, con esos hechos interiores que nos mantienen de pie o nos hacen caer: que por eso mismo no parecen permitir la distancia necesaria para efectuar juicios teóricos.

Así, también, para empezar, lo erótico está directamente asimilado a lo religioso y viceversa, ya sobre la base de tal potenciación de la vida en sí misma, por la que el adentro y el afuera llegan a la conciencia en excitación fecunda, mientras esta fuerza enlazadora, este placer intensificado de la vida, del desear, se ha especializado hasta volverse una voluptuosidad más específica, física o mental. El vínculo entre ellos sería, siguiendo este razonamiento, el mismo que el de todas las demás acciones humanas, en las que la coloración religiosa solo deja entrever en los fundamentos o en la cima el color original subyacente. Pero lo sexual parece encontrarse en un vínculo especialmente estrecho con los fenómenos religiosos en la medida en que lo creativo de su proceso ya se impone tan tempranamente, en lo físicamente reproductivo, dándole al vértigo puramente corporal su carácter de una potenciación general: algo así como una espiritualidad concedida de antemano. Y si la mente tiene que derivar sus

estímulos cerebrales hacia los afectos sexuales de esta manera, por otro lado, en el fervor religioso, al igual que en cualquier actividad psíquica fuerte, los estímulos tónicos del cuerpo coadyuvan: entre ambos se encuentra desplegado todo el desarrollo humano, y, sin embargo, no hay lagunas: su multiplicidad se concierta de unidad a unidad, y principio y final llegan a entrelazarse. Porque tampoco existiría el fervor religioso sin la sospecha que lo sustenta de que lo más elevado que soñamos puede germinar a partir de nuestro suelo más terrenal. Por ese motivo, el culto religioso de la prehistoria se vincula con la vida sexual tanto más larga y profundamente que con las demás manifestaciones vitales, e incluso en lo que se conoce como religiones del espíritu («religiones fundadas») este vínculo siempre persiste en algún punto.

Ahora bien, fervor religioso y erótico también corren en paralelo de una manera particular que permite visualizar con bastante claridad la esencia de ambos: con respecto a las manifestaciones de su pensamiento.

Así como de lo sublime a lo ridículo hay un solo paso, podría considerarse —con el debido respeto y la admiración ante los productos mentales de los grandes religiosos— que, frente a la observación sobria de la realidad, el mundo intelectual deja ver en quien posee afectos religiosos en cierto sentido una similitud funesta con las representaciones exaltadas propias de la imaginación de los amantes: tanto en lo que respecta a su método de creación como a su contenido desiderativo. Eso sí, con la diferencia inmensa, acorde a su objeto, en su valoración: porque ni siquiera el amor más fogoso exige ni espera de la mirada imparcial de todos que vea solo con sus propios ojos, ciegos y videntes, mientras la fe religiosa pone todo el acento en la verdad aplastante para todos de su imagen divina. Y no, como conforta escuchar, por pura intolerancia mezquina, sino por la insistencia más interna y el único y exclusivo sentido de su naturaleza misma. Y esto es el caso pese a la segunda diferencia: a pesar de que esboza los contornos de su imagen a partir de una subjetividad mucho más desinhibida. Cuando la pulsión amorosa

con su formación de ilusiones sigue pese a todo atada a un objeto de la realidad, o cuando en la creación artística, por ejemplo, incluso las formaciones inventadas con la mayor libertad a la vez sí deben dar cuenta del parámetro de su propia realización, el religioso proyecta sus representaciones sin tener que «verificarlas» positivamente ni en el origen ni en la meta, con una fuerza del alma irrefrenada que surge de sí mismo, y actuando así con desmesura en todos los cielos.

Por consiguiente, en este ser colmado de sentimientos, para lo que parece ser el menos indicado, el lado teórico de sus supuestos de fe se pone más que nunca y con tanto vigor en primer plano, se vuelve especialmente visible, especialmente exigente. Sus diversas suposiciones, menos corregibles que cualquier otras por ser menos asociables a cualquier otra cosa, siempre, al final, van constituyendo con rigidez cada vez mayor un mundo completamente por fuera de todas las demás cosas.

Ahora bien, la contradicción que entraña termina siendo solo aparente: para expresarse con tal autonomía, lo religioso naturalmente tiene que aislar su mundo intelectual de todo lo demás; y, sin embargo, esta su autonomía misma no es más que reflejo de aquel carácter omnímodo y originario de su relevancia práctica para todo, según la cual nada es sin ella, y ella misma por así decirlo coadyuva en todo, fundando todo en la profundidad, coronando todo en la altura de lo alcanzado. Lo contradictorio en apariencia no permite sino constatar cuán poca vida se puede captar en su propia teorización, hasta qué punto desviada y desfigurada tiene que surgir precisamente en el cuadro para el cual ha servido de modelo con su mayor vitalidad. El credo tiene a tal fin la fórmula profunda de que Dios solo puede ser reconocido en la vivencia inmediata de sí mismo, y que un grado de verdad que se le podría atribuir en otro lado no estaría en condiciones de convertirlo en algo más «verdadero» para nosotros. Si, en el fondo, ya aquello que se somete a la palpación de ideas está asociado precisamente en ese sentido a lo inerte (como más acabadamente en el objeto que la ciencia puede diseccionar), la vida más cercana a la fuente manará inasible incluso

por las más ajustadas mallas de ideas. Lo que siempre vuelve a ser nuevo, se da de forma nueva, siempre necesita volver a dejar atrás todo lo establecido, separándolo de sí mismo: no solo porque apenas concuerdan parcialmente, sino porque de entrada ya es cáscara abandonada, escoria superada, como si ya fuera fósil en su origen.

Por ese motivo, el carácter alucinógeno de las representaciones, así en el caso de lo religioso como en el de lo erótico, en sí mismo no es un error que debe ser saldado, más bien un documento del auténtico carácter de vida mismo. Solo que la desmesura físicamente condicionada del amante en cierta medida anticipa sus imágenes a la plena vivencia mental: bizarras, cómicas, emocionantes, solemnes, un reflejo nebuloso y fugaz, mientras que el pío, queriendo conformar una vivencia mental extrema, debe echar mano de lo menos mental y así siempre recurre a lo eternamente pasado. En efecto, ¡arroja un mundo impetuoso, granítico, desde la ingente vitalidad de los motivos interiores hacia lo que persiste muerto! Y también por eso un refugio tan duradero para aquellos que buscan protección y abrigo en la iniquidad de la existencia. Porque ese carácter doble es propio de toda religión: que es algo distinto en la brasa de quien la experimenta que en la necesidad de quienes la consideran verdadera, es algo distinto como ala que como bastón.

Abstenerse del factor del pensamiento en el transcurso de sus actos es algo que ni la religión ni el amor están en condiciones de hacer, en la misma medida que cualquier cosa del ámbito de nuestra vivencia humana pueda desaconsejar al respecto: porque no sucede nada que no sea acontecimiento interno y símbolo externo a la vez. Pero las formas de estos símbolos tienen algo para decir en la precisa medida en que tienen menos pretensiones: es decir, más cuando no pretenden encarnar éxtasis espontáneos o validez universal intangible, sino al contrario, entrar en relaciones recíprocas, dentro de lo posible, múltiples, comprobables, apoyándose y condicionándose mutuamente de tal manera que casi sin participación interna ostensible por nuestra parte puedan confirmarse continuamente a sí mismos; o, como solemos decir: representar la realidad exterior.

Pero esta es la gran enseñanza que de allí resulta tanto para la vivencia religiosa como para la erótica: que aquí su camino debe dar un giro para retornar a la vida misma. Que el otro camino, el de las verificaciones y confirmaciones intelectuales, está obstruido al más vital de todos después de un breve recorrido intermedio, está tabicado sin esperanza, porque solo la vida puede reflejar plenamente la vida. Para el comportamiento religioso, eso significa fusionarse ilimitadamente con todo lo que es, ¡pues qué habría que no se convirtiera en trono y taburete de sus pies, como el universo al Dios! Para el amor significa su consumación en lo social.

LO ERÓTICO Y LO SOCIAL

•

Lo erótico ocupa un lugar intermedio entre los dos grandes grupos de sentimientos constituidos en torno al egoísmo y el altruismo. Para no dar lugar a malas interpretaciones: en torno a la contracción, la reducción de nuestra voluntad individual desde la indiferencia hasta la extrañeza, la hostilidad, o su ampliación hasta incluir lo otro, lo opuesto, como parte de uno mismo. Ambos grupos, en el transcurso de los tiempos, modifican también su posición respecto del otro y su valoración humana de manera continua, y el modo en que logren equilibrar su discordia condiciona el carácter de una etapa histórica. Siempre cada grupo precisa del otro para completarse, cada uno tiene participación en ambos y se pondría en peligro extremo si se dirigiera hacia una parcialidad extrema, porque para entregarse hay que poder poseerse, y para poseer, primer hay que saber sonsacar de las cosas y las personas lo que no se deja robar, lo que solo se puede obtener como regalo con el alma abierta. Ambos opuestos, precisamente, aunque en la superficie estén distantes hasta parecer incompatibles, se hallan en crecimiento, enraizados en la más profunda e interactiva pertenencia recíproca, y el derroche del «¡quiero ser todo!» y la avidez y avaricia del «¡quiero tenerlo todo!» dan el mismo sentido si se los traduce a un deseo supremo general.

De esa raíz madre que aún tienen en común, parece disociarse un tercer grupo de relaciones sentimentales, el grupo de lo erótico,

en tanto forma intermedia, quizás la forma primigenia, entre el animal individual y el ser fraterno: uniendo en sí ambas partes integrantes de manera curiosa, y sin dar importancia a sus contradicciones, potenciándose mutuamente hacia una fuerza pulsional efervescente. Así, en toda la naturaleza son justamente los corpúsculos *diferentes* de protoplasma los que se buscan con fines reproductivos, los que desarrollan paulatinamente las diferencias sexuales a partir de sí y posibilitan la especialización hacia una diversidad cada vez mayor. Y así, entre seres humanos y animales sigue afirmándose el lugar común según el cual el amor de los géneros es una lucha de los géneros, y que del amor al odio hay un solo paso. Porque si el egoísmo se expande en la sexualidad, a la vez se exagera allí en pos de sus más impetuosos deseos individuales, y si procede en un ataque egoísta, a su vez solo lo hace para colocar todo lo conquistado en el trono, incluso muy por encima de sí mismo: impedido siempre por sus limitaciones físicas a desarrollar clara y unívocamente sus intenciones psíquicas... y, sin embargo, señalando con estas de la manera más profunda lo «uno y todo» que somos en nuestro interior.

Por eso, a partir de esta reducción suya no se puede deducir que los egoísmos más mentales del ser humano, o incluso tan solo la confraternidad mental de todos con todos, ya en sí lo deberían aventajar, y que en el fondo no representa más que una etapa previa a tales estadios de desarrollo más claros. Al contrario, dentro de su ámbito atraviesa todos los estadios en terreno propio, desde los más primitivos hasta los más complejos, de los físicamente más limitados hasta los más liberados en la mente. Cuando los acontecimientos de la vida le injertan relaciones surgidas en otro lado —ya sean de naturaleza amistosa o compasiva— no permanece unido a este injerto, sino que pone en riesgo con la misma frecuencia las fuerzas pulsionales de su ser que fluyen en su dirección desde una profundidad mucho mayor. Colmado en sí mismo de elementos creativos de índole egoísta como altruista, se entrega por cuenta propia en ambas direcciones. Y así como anteriormente, en parcialidad premeditada, podía ser observado desde la perspectiva de su propia embriaguez

de alegría, de su comunión de todas las fuerzas, que en un principio se había vuelto una verdad sin ilusiones solo para sí mismo, es decir, de su egoísmo, de la misma manera se lo puede ver también desde la perspectiva productivo–altruista; se puede ver al otro, al compañero —hasta ahora solo motivo que desencadenaba sus excesos, que incitaba agradecidas ilusiones— convertirse en verdad y acontecimiento vital para él. Ahora bien, también el «egoísmo de a dos» cae bajo fuerte sospecha de egoísmo, y recién es superado en la relación hacia el hijo; es decir, recién en el punto en el que el amor sexual y el social se encuentran conciliados, completándose mutuamente. Pero para el amor sexual, que realiza su obra «social» en el sentido corporal, es característico que esta acción física de sí misma ya contiene todo lo que también continúa desarrollando mentalmente. Es cierto que se puede decir con razón que todo amor crea dos personas —junto a la procreada físicamente en la unión otra más, imaginada— pero precisamente esta persona creada físicamente suele ser lo que primero permite salir del mero embotamiento amoroso. Al menos mientras surja de manera primitiva con la vida natural y por sí mismo, el celo se socializa en la cría, el amor en el hijo.

MATERNIDAD

•

Es interesante que, en la mujer, que suele tender más a las exageradísimas idealizaciones de la vida amorosa, también se destaque con mayor vigor esta inclinación a lo social. Porque en el amor materno —ensalzado y últimamente también algo menospreciado por amar de manera tan compulsiva e indiscriminada, sin reserva alguna respecto de la constitución de su objeto— ambas cosas encuentran su vinculación. Por un lado, es cierto que el amor materno no deja que realidad alguna interfiera, que nada menoscabe su tierno prejuicio sentimental, como si para ella la pequeña criatura de hecho no fuera más que el sustrato para ese deseo. Sin embargo, por otro lado, esto solo sucede porque el amor materno en sí no es otra cosa que una suerte de *poder de incubación*, como una *procreación continuada*; nada más que un calor que *se asienta sobre la simiente*, un calor que hace realidad sus posibilidades, que lo toma como una promesa... ¡una promesa que así se da a sí mismo! Por esa razón, su acto de idealizar está tan estrecha y auténticamente emparentado con lo creativo, en sintonía con su significado más original y más elevado; por esa razón, las *acciones* y *rezos* se encuentran hasta en los pequeños apodos con los que, día a día, convoca a su hijo a adentrarse cada vez más a la vida.

Con tal motivo, si se lo compara con el hombre, en su exageración ya se expresa algo más que la pirotecnia mental del excedente sexual inactivo. Así como, en su criatura, con todos los

ensalzamientos espontáneos en el fondo celebra tan solo ese hecho maravilloso de su pequeña vida, detrás del manto radiante de ilusiones que convierten a su hombre amado en el único, también está a la vez la criatura humana misma que, por más despojada y defectuosa, desnuda y al descubierto que se presente, es ingénita a lo más profundo de su vida. Con todas las imágenes ideales que envía a su encuentro, en apariencia tan exigente y humilde, no le revela más que el inmenso calor que, de haber descansado una vez allí, cancela la soledad original del individuo, como si volviera a estar abrazado por lo omni-materno que lo abrazó antes de ser.

Así, es como si por momentos lo restituyera a aquel punto central del universo, a aquella unicidad que, por ser propia de cada uno, no puede ser considerada para ninguno en particular, y sin embargo continúa viva en cada criatura como el sentimiento de que incluso a lo más ínfimo, bien entendido, solo un amor «de todo corazón y con todas las fuerzas» puede dar abasto, y esto a duras penas. El amor le crea así esa suerte de justicia más elevada junto a la social u objetivamente ponderativa, sin escatimar a nadie, porque solo se aplica a ella en su cielo, que para otros no sería más que un poco de azul sobre la redondez de la tierra.

No solo sin escatimar a nadie, sino conduciendo hacia el ser humano como tal, sabiendo erigir a partir de la mera alucinación erótica, algo ridícula, una imagen diferente, un emblema humanamente profundo, válido para todos. Hasta que todas las ilusiones en última instancia no puedan significar más para ella que pequeñas fuentes salarinas fulgurantes sobre un oleaje vasto y claro, del que surgieron, al que se dirigen, y hasta que por debajo de su amor de mujer también se propague el amor al género humano, sin reservas ni límites. De modo que la obstinación por lo único, como si con tales ínfimas partículas de polvo se cosechara el universo en su totalidad y se volviera inaccesible a todo lo demás, se ampliara sensorialmente en lo inmediato, como si de una manera nueva todo le hablara con la voz de su vida... empezando con aquello que es vecino del corazón, hasta el último animal del campo.

Esta resignificación de los afectos se realiza cada vez más espontáneamente en el transcurso de la paternidad, al manifestarse en el hecho de ser padres siempre el mismo carácter trágico, según el cual los seres, cuanto más diferenciados son con mayor certeza solo pueden reproducirse en procesos parciales: porque, así como en el acto sexual físico solo tiene lugar puntualmente una fusión de dos seres, también al hijo solo se transfiere lo que los amantes mismos ya recibieron de los antepasados. La adquisición más difícil y valiosa, la conquistada personalmente, queda fuera del proceso, y con ello también la individualidad en su totalidad irrepetible, en lo más vital de la vida: es mera administradora, mejor o peor, de la herencia sexual. Así que también aquí vuelve a desplegarse el gran excedente a la deriva, al que ya no se le da cabida en unidad alguna, que solo a posteriori, desde adentro, por propia cuenta y por así decirlo con métodos autoinventados, debe intentar remediar, completar el estado de cosas deficiente.

Por ese motivo, la maternidad es un acto de por vida, que no finaliza con la asistencia de la cría de la hembra animal, sino que es un intento de entregar su alma, así como entregara su cuerpo. Y por eso a partir de este punto se desarrollan los instintos animales hacia mayor espiritualidad, precisamente tal como sucede en el amor sexual entre hombre y mujer: llegan al punto de no solo embriagarse y celebrarse a sí mismos en el acto bajo pretexto de otro —del otro casi como si fuera una parte carnal de sí mismo— sino de ingresar en él, en su vida propia, como en el «otro» en sentido verdadero. No es para continuar viviendo físicamente en el hijo, ni siquiera ya para marcarlo psíquicamente según la propia imagen de sí misma que la madre se entrega finalmente a la vida humana parida por ella; en última instancia gana aquella entrega más delicada y última que a la vez gusta de dejarse obsequiar, enriquecer, agrandar. Que, en tanto totalidad, como una integridad intangible para sí, le rinde honores, como algo a lo que ya no es posible unirse, a no ser precisamente como consecuencia de la dualidad mencionada, es decir, sobre la base de una alianza bien diferente. La coronación de la maternidad

se realiza en esa expulsión consciente de sí de lo más propio, como si fuera algo ajeno para uno mismo; en un último acto de dolorosa libre voluntad, de desprendimiento supremo, ha terminado de traer su fruto al mundo, lo ha hecho descender de sus ramas, y puede empezar a otoñar.

Pero este otoño se convierte en el comienzo de incontables primaveras para quien recién así devino materno en sentido pleno: uniéndola a la vida con el calor de aquel que no solo la amó, que la parió de sí misma, separándola del corazón en su realidad total, y que por eso siempre vuelve a experimentarla en sí misma como *algo nuevo*, como mundo. Es por eso que, de todas las relaciones humanas, solo a la maternidad se le concede completar una relación desde la fuente primigenia más profunda hasta el último punto culminante: desde la propia carne y sangre hasta el yo mental ajeno, que a su vez se le vuelve inicio del mundo. Porque, así como ninguna otra relación puede tener este punto de partida tan primigenio, tampoco ninguna se puede consumir en este sentido: si no termina por una muerte prematura y violenta, permanece en cierta medida eternamente en camino, infinitamente, sin meta, en lo que se resume el concepto humano de la «fidelidad». Sin proceder de una unidad total, tampoco desemboca en la posibilidad de una dualidad siempre renovada; en esa plenitud del cierre, del extinguirse, que casi no es más que otra manera de llamar al nuevo comienzo, a la apertura de vida, a la inmortalidad.

LA MUJER

•

Lo materno no es lo único en lo que se evidencia que precisamente en la fisiología femenina residen las simientes para un desarrollo hacia un nivel superior, por encima de lo meramente erótico, hacia lo humano en términos más generales, de la mujer. Un segundo tipo en el que también se honra al mayor símbolo amoroso en el carácter aparentemente supraerótico está cristalizado en la imagen de la Virgen. Aunque la toma de posesión de la Virgen por el Dios en tiempos inmemoriales posteriormente haya constituido una de las maquinaciones de las jerarquías eclesiásticas, no hay dudas de que surgió de la necesidad de subordinar lo sexual a lo sancionado por la religión; incluso, en los casos en que los cultos más orgiásticos se le unieran, colocarlo, en tanto sagrado, por encima de la necesidad del individuo. Pero es cierto que esta concepción primigenia de la Virgen se acerca a nuestra concepción actual de la prostituta: la entrega indiscriminada, incluso sin voluptuosidad, es decir, la entrega a fines básicos extraeróticos. Los tipos de la Virgen y de la prostituta se parecen en ese sentido más o menos como caricatura e ideal, se tocan en los extremos; pero lo que los hace posibles a los dos es lo mismo que convierte a la hembra en animal portador, animal madre: su cuerpo como portador del fruto infantil, como templo del Dios, como espacio donde la sexualidad se da rienda suelta y se alquila, se convierte en encarnación, en

alegoría de aquella pasividad que en la misma medida la habilita a degradar como a glorificar lo sexual.

Pero, así como en lo materno la mayor inclinación a la pasividad de la mujer se convierte en su fuerza creadora más marcada, también se podría intelectualizar el concepto de la Virgen transformándolo en lo más relevante en términos de actividad, y no sin razón. Porque este concepto no solo entraña una negación, no solo se trata de la mujer libre de lascivia, sino de la que, con todas las fuerzas, también extraeróticas, se consagra a la finalidad de la concepción. Cuanto más hondo esté arraigada una mujer en el amor, cuanto más personal se ha vuelto allí, más se invierte la supresión pasiva de lo meramente gozoso de lo sexual en un hacer, una consumación y una acción llena de vitalidad. Sensualidad y castidad, florecer y santificarse confluyen en uno: en toda hora suprema de la mujer, el hombre no es más que el carpintero de María junto a un Dios. Podría decirse: en la medida en que el amor masculino es tan opuesto, más activo y parcial y más necesitado de su propio alivio, hace que se vuelva en su interior mucho más desvalido que la mujer que, amando de manera más total y pasiva, ansía en cuerpo y alma llenar el espacio y hace florecer, hace encandecer todo el contenido de una vida para lanzarlo al interior. Así como es característico que no haya una palabra en masculino para prostituta, para el abuso sexual puramente pasivo, y así tampoco exista para el tipo de la Virgen —para la santificada positivamente—, el hombre solo puede ser «santo» en sentido sexualmente negativo, en el sentido del ascetismo.

No caben dudas de que la mayor fuerza de concentración en el ámbito amoroso, esa relación global consistente dirigida a una sola cosa, relación que el hombre compensa más bien en otras áreas, suele ubicar a la mujer en un punto de extremo valor vital muy por encima de él. Ahora bien, de todos modos, es necesario justipreciarlo correctamente en tanto producto natural de su menor diferenciación. Así, por ejemplo, uno podría considerar que se pondera en demasía la alta frecuencia con que seres femeninos caen en desgracia precisamente porque hasta una fugaz embriaguez sensual del

momento es sucedida en ella por apego psíquico. Pero no hay modo de prever cuál sería la ventaja ética frente al imprudente hombre por el hecho de que ella, a posteriori, en vista del daño, encuentre su propia imprudencia envuelta en todo tipo de afectos más profundos. Es posible tildar de simpática esa más fatigosa solubilidad de la masa pulsional físico-mental, pero es injusto juzgar mal en ese sentido al hombre solo porque en una mujer se sedujo tanto de lo que ni siquiera formaba parte de sus intenciones.

No es del todo lógico que las mujeres quieran diferenciarse más a cualquier precio, apelando a cualquier recurso, y a la vez sigan siendo amantes *non plus ultra*, incluso cada vez más, en virtud de su grandeza de Virgen y madre. Pero sí sería imaginable que la claridad del conocimiento las confronte ahora de una manera diferente a su propia corporalidad. Podría imaginarse un pudor nuevo, fino, que ya no esté dirigido tan castamente a la entrega corporal, tal como la educación tradicional convirtió en segunda naturaleza, sino más bien al contrario, que justamente se eduque en pos de toda autodisciplina *porque* la alegría del goce fisiológico debería abrir las puertas a los procesos psíquicos: las puertas al yo más interno, que no se quiere abandonar, a aquellos obsequios más valiosos de ser humano a ser humano que, una vez dilapidados, nunca se pueden replegar por completo, porque son nosotros mismos.

Si en la pasión erótica femenina se incluyen en el cuerpo por la fuerza tantos elementos psíquicos incluso contra la voluntad, por los mismos motivos se percibe el espectáculo inverso en el caso de enfermedades mentales. En su obra «La cuestión sexual», Forel desarrolla el tema de que la sexualidad, que en los hombres afecta los centros cerebrales inferiores, en las mujeres está localizada en el cerebro, «la sede de los trastornos mentales». «Cuando uno recorre, incluso acompañado de una mujer, el sector masculino del psiquiátrico, suele sorprender la boba apatía y la indiferencia sexual de casi todos los hombres con trastornos mentales» dice, y acerca de las mujeres: «incluso las mujeres más decentes y frías en términos sexuales, si las aqueja una enfermedad mental, puede

incurrir en el erotismo más salvaje, y comportarse en ocasiones como prostitutas». Y así, incluso la última palabra, incluso la de la destrucción mental, incluso la de lo trágicamente involuntario propio de las prostitutas en la mujer se puede convertir en confirmación de lo «uno y todo» que es para ella el amor.

El hecho de que para la mujer el carácter sexual determine en mayor medida su ser hace que el desarrollo incluso de la más sana oscile en una línea algo zigzagueante entre la vida sexual y la individual; ya sea que mujeres y madres vean atrofiarse sus proyectos individuales o que los tengan que desarrollar a costa de la feminidad y maternidad. Pese a las muchas recetas que suelen recomendarse en este punto como si se tratara de un trastorno neutralizable, no existe una solución de validez universal para este conflicto y no puede haberla. Pero en vez de lamentarse del carácter trágico que así sería inherente al género femenino, valdría más disfrutar de la vitalidad infinita en que la mujer es situada por no poder recorrer su desarrollo en línea recta, y porque las contradicciones de su estado de situación solo se pueden zanjar de caso en caso, en acción personalísima. Porque se trata de algo que incluso es capaz de dar una gran relevancia al destino femenino más ínfimo: que cada vez tenga que volver a enfrentar la vida interior de manera tan primigenia y tenga que superarla con la iniciativa más propia, y no es en ningún sentido inferior a las batallas que ha librado el hombre con la existencia «exterior», desde los tiempos de las cavernas. Si por eso, incluso hoy, solo se lo puede juzgar con justicia respecto de sus logros exteriores, para la mujer todo queda comprendido en cómo resolvió el acertijo de la existencia en sí misma, y esto es la razón de por qué la gracia aún en el sentido supremo sigue siendo parámetro para ella, en la medida en que constituye ya su valoración física, natural. En el hecho de que «ético» y «bello» puedan significar lo mismo de una manera delicada, como «sagrado» y «sexual», quedan expresados privilegio y límite del género femenino para siempre.

Casi debería hacer las veces de remuneración por semejante acentuación sexual, exagerada, asumida en carácter

unilateral-omnímodo, que en la mujer la sexualidad en sentido fisiológico deje de estar activa antes que en el hombre: si antes del ingreso en una vejez verdadera esto diera lugar a un eflorecerse de todo aquello que la vida crío en calidad de amor hasta alcanzar un progreso preciado. Porque —otra vez, a diferencia del hombre— tampoco aquí caracteriza solo algo negativo, no el déficit de cara a nuevos gastos, sino que el valor de ingresos acumulados deviene así visible; puede presentar sus credenciales por su copiosidad como la guarida de un hámster ante la inminencia del invierno. Así, una finísima repercusión amorosa flota sobre este aspecto más puramente humano, asexuado de la feminidad, algo donde el contenido de la existencia debe redondearse en una totalidad tan majestuosa como solo podría evidenciarse a la mirada del niño y del anciano, si la inmadurez o la muerte no los confundiera. De manera similar al hecho de que solo en la maternidad una relación humana puede ser vivida plenamente, en su totalidad, y por ende en un eterno nuevo comienzo, vale también para la mujer con respecto a la vida misma, en una manera irrepetible para el hombre. Y tanto más vale, en mayor medida una mujer es una mujer, cuanto mayores sean las dimensiones en que esto le resulte posible, cuanto más amplias sean las posibilidades, cuanto más potentes las fuerzas que abarque, que haya sabido ordenar orgánicamente a la totalidad de su ser, no importa cuán lejos hayan estado para ella como mujer, cuán opuestas le hayan podido ser. Nunca y en ningún lugar se diferencia del ser masculino por rasgos individuales o rumbos especiales, por más que se los proclame a viva voz según su contenido como específicamente «femeninos»: solo en esa relación recíproca de todos ellos con la esencia de la vida.

Es probable que en esto radique el desconsuelo y la infinitud de discusiones en las que con cierta justificación de ambos lados, pronto se haga valer la nitidez de la oposición de la mujer hacia el hombre, pronto se celebre precisamente la superación de esta oposición en términos de progreso; en las que a la mujer, una tras otra, se le adscriben y niegan prácticamente todas las características

existentes, de manera que casi con siempre el mismo derecho se presente como ligereza y seriedad, frenesí y sobriedad, inquietud y armonía, capricho y sagacidad, inteligencia y estupidez, delicadeza y torpeza, espíritu terrestre y ángel. Porque, de hecho, bajo el concepto de mujer se incluyen sin reparos, vistas una a una, las características más irreconciliables: la mujer siempre es la contradicción en sí misma, en la medida en que por su accionar creativo lo vivo mismo está activo en ella.

LO MASCULINO Y LO FEMENINO

•

De cuando en cuando, algo del orden de lo metódico, de lo laborioso en el hombre se indigna ante toda esta manera de ser femenina, también ante su manera de amar, que alternadamente lo confunde, le produce una fuerte impresión o menosprecio. Por más deseable que sea la coincidencia de ambos en cuestiones de amor, se puede comprender bien que el hombre, colmado por sus propias aspiraciones, pueda enfrentar la exaltación dilatoria de la mujer con cierta impaciencia. Seguramente a lo largo de los tiempos y también aún en el presente hubo suficientes ejemplos de adoración de la mujer, sin embargo, sería dentro de todo más tolerable que el ideal de Catalina de Heilbronn¹ se volviera prototipo de la femineidad extrema antes que, para la masculinidad, el caballero de Toggenburg.² Porque sin dudas se expresa una exageración de nuestro tiempo en extremo sintomática cuando se reconoce como lo más importante, la armonización de la humanidad, lo «único necesario», solo la elaboración del ideal de amor en su perfección inclusiva por antonomasia. Es una exageración

1 Protagonista de la obra homónima de Heinrich von Kleist (1807/8), que retoma el motivo popular de la muchacha de pueblo que ama desmedidamente a un caballero (N. de T.).

2 Personaje de una balada de Friedrich Schiller (1797) cuyo tema central es el amor imposible (N. de T.).

femenina, algo afeminada para la concepción masculina de ideal, la que permite pasar por alto hasta qué punto nuestras fuerzas solo se desarrollan una a costa de la otra, en qué medida la productividad más elevada posible ya incluye la renuncia a toda posible armonía, física o mental, de qué modo el incremento de sí mismo que busca avanzar atraviesa todo tipo de automutilación, y que solo son treguas, horas de descanso de la movilidad más vital masculina, donde, celebrando o amando, se resume en belleza. Y que las mujeres sean más proclives a hacerlo que los hombres, sugiere la idea de que quizás el hombre, a cambio, en función de cada una de sus tendencias, es precisamente el más predispuesto, propagando su esencia a cada una de ellas, siguiendo sus pulsiones al igual que su mente. Por ese motivo, sus afectos eróticos y egoístas se socializan de manera diferente, él les define sus límites hacia otros aspectos de las actividades de la humanidad general; la irrupción de la especie, esa influencia plena de misterios del plasma germinal sobre toda la personalidad, por ese motivo suele presentarse más en el hombre muy ocupado, laborioso e importante en calidad de anomalía aguda, como una embriaguez que se le sube a la cabeza, antes que como la nueva estandarización que enseña al cuerpo y alma femeninos a vibrar en los ritmos de la vida plena, cuestionando así una y otra vez su desarrollo aislado. Es esto lo que despierta en él el amor mayor, más vehemente, a la mujer, porque de alguna manera ella se volvió para él la figura de la que él mismo surgió, de la que surgen sus hijos; ama los detalles que conservan menos pronunciada a la mujer, incluso a su cuerpo, blando y menos pronunciado, a su voz, joven: la herencia de ser humano a ser humano; a este como lo eternamente materno que habita en todo, como lo eternamente infantil.

Actualmente se considera que la diferencia entre géneros está tan profundamente arraigada que, insuperable por desarrollo alguno, parece dar siempre contra fundamento primigenio. Ahora bien, es aquí donde también se completa por sí misma: porque de cuanto más profundo provenga, con tanto mayor certeza sus líneas deberán cruzarse en algún punto al interior del contorno del hombre y la mujer;

podría decirse que la vida, totalidad que continúa actuando para sí, debe estar engendrada por partida doble, así como cada uno de nosotros desciende de padre y madre. Y a medida que descendemos a estratos más profundos, tanto más profundamente se nos va revelando ese ensamblaje reproductivo de dualidad como unidad y unidad como dualidad; y sobre todo en las actividades de creatividad mental, como si ellas tuvieran que traer a la luz, como proveniente de lejanías remotas de generaciones, lo que las puede fecundar para tal dualidad, para despedir de sí algo de su propia vida. En consonancia con esto, suele llamarse la atención sobre los rasgos relativos propios del género opuesto en artistas, en el genio en general, como si se tratara de un estado de procreación que, por así decirlo, se ha vuelto estacionario.

En cambio, cuando nos comportamos amorosamente, es decir, cuando nuestra excitación creativa hacia una obra corporal exterior requiere de su mitad que la complete *desde afuera*, la diferencia entre los géneros no solo no se atenúa, sino que precisamente se agudiza hasta alcanzar plena nitidez. Todo lo que en nosotros mismos se resume, se une, se enlaza bajo la influencia del afecto erótico, parece hacerlo solo con semejante finalidad parcial; el individuo se encuentra prácticamente sobrecargado como portador de su género: solo se eleva hacia el «uno y todo» amado como complemento, como el «otro» mundo. Y efectivamente, el carácter decisivo de estos estados y procesos solo se pueden representar, comprobar, más de cerca, dentro de una cierta exageración de este tipo, acumulando siempre el contenido conceptual completo, sin reducción, de «masculino» o «femenino» sobre cada hombre o mujer.

En ese sentido, es necesario recalcar un costado del asunto que por eso fue algo desatendido, para que se pueda pasar de lo demasiado bidimensional del reino de las ideas a lo más plenamente real, considerado en múltiples dimensiones, a saber: la circunstancia de que también en relación con los individuos la vivencia del amor puede ejercer una influencia doble.

Si todo amor reside en la capacidad de experimentar lo diverso en uno mismo con empatía, y si de sus manifestaciones más fuertes

se puede decir prácticamente que la experiencia de los amantes es en tal sentido idéntica, entonces ya así porta un rostro doblemente humano: abarca, más o menos como físicamente en la concepción, el sexo del otro en la expresión de su sentimiento. Eso lo habilita, no obstante la mayor marcación del carácter sexual, a adquirir además rasgos en los cuales, por así decirlo, refleja su propio opuesto sexual.³

Si en los procesos físicos el plasma germinal se volvió la causa que hace que lo más latente que quedó en nosotros repercuta en todo de manera potenciada, aquí el amor mentalmente más intenso se convierte en el mismo motivo para soltar en nosotros, generando vida, *aquello* que no estaba previsto en nuestro propio desarrollo. La embriaguez de afectos que desató la base física de la excitación, parece allí casi completamente absorbida para tal creación positiva de nuevos estados de cosas anímicos. Y esta embriaguez originariamente alucinatoria por nada se evidencia tanto como *vida* como por el hecho de que tampoco tuvo que restringirse a generar de dos personas una en sí y en la criatura, sino en cada una de ellas incluso generó a la vez aquella dualidad que se instala de manera creativa en todo lo que deviene, para que crezca más allá de sí misma. Por primera vez anhela aquí de manera autónoma su contraprestación mental por este «más allá de sí», por el niño. Por eso, si ya el éxtasis

3 La amistad entre los géneros, cuando realmente persiste sin matiz erótico alguno, posiblemente sería deducible de un efecto recíproco similar a tales rasgos del carácter que apenas están insinuados por ser meros rudimentos del género opuesto, por lo cual la dimensión sexual de la relación se anula por sí misma. Pero si tales rasgos ya están anómalamente resaltados en su origen, también desde aquí suele desarrollarse erotismo: el de la sexualidad mutuamente invertida. En este marco son posibles todas las reminiscencias, la de todo hermafroditismo mental, hasta su resonancia física, y todo comportamiento amoroso finalmente hacia el propio género. En tales casos es como si la duplicación, cofundadora de la esencia de todos nosotros, en el mundo real hubiera perdido su solidez parcialmente unívoca, de modo que no encuentra allí cómo homogeneizarse, como si no pudiera encontrar la palabra redentora para su desencantamiento. Así, el problema se toca con el de la bipartición reproductiva y también de las actividades creativas de la mente: casi como si a algo le hubieran negado esta salida y en su lugar se hubiera quedado atascado en la corporalidad y, presa en esta, físicamente mutilado hasta el sinsentido, intentara liberarse para salir al mundo de lo homogéneo, echando mano del compañero del mismo género inútilmente, es decir, estérilmente.

físico amoroso, por su fuerza que une todo lo que llevamos adentro, lleva en sí mismo una sensación de felicidad, esta última experiencia amorosa, más rara, solo puede exhibirse internamente como felicidad y consumación. Un verdadero instinto nos permite intuir que el amor, según su sentido primigenio y también el más perfecto, actúa sin reparos creando vida y felicidad; que cuando su destino exterior a cambio lo convierte en necesidad y muerte no es su propia fuerza la que lo vuelve tan insuperable, sino al contrario, algo incompleto en él, que lo hace estancarse en lo sentimental, sufrido, y en una pertenencia mutua solo fantaseada a medias. Porque precisamente ahí, cuando los amantes, casi como al principio, cargan su destino totalmente en sus propios procesos interiores, recién entonces aparecen fuertemente unidos entre sí: en una relación que, por cierto, ya no se limita a la más estrecha complementariedad de dos mitades, y menos aún intenta mitigar estas oposiciones añadiendo componentes ajenos al amor para completarlo. Una relación que, más bien, en una de aquellas paradojas que solo el gobierno creativo de todas las cosas puede imaginar por sí mismo, disuelve a dos personas, hombre y mujer, en una unidad suprapersonal precisamente realzando a cada uno hasta su más profunda independencia en sí, hasta su omni-eterno ser de sí mismos.

PARÁMETROS Y LÍMITES

•

Así, la conclusión a la que puede llegarse partiendo de un aspecto aislado —que precisamente lo más vital, la cima de la vida, no se haya podido determinar de manera unívoca, sino que requiera de añadiduras en apariencia contradictorias— siempre se hace patente también por detrás del análisis global de un asunto. Casi quisiera volver a ver de tanto en tanto que sus parámetros y delimitaciones se amuchan y se ponen cabeza abajo, que se genera el caos original, donde el asunto aún no se podía percibir bien con claridad y distinción, pero, a cambio, ofrecía una variopinta realidad. En particular parece necesario recordar hasta qué punto especialmente en el tema que nos ocupa implica una totalidad indisoluble de fenómenos cuyos rasgos individuales están cada uno en relación con todos los demás, y donde también a los resultados superiores siempre hay que volver a vincularlos al inferior.

Así es que tampoco es lícito estar parado frente a lo último, lo supremo que se pueda mencionar al respecto, sin concederle un derecho muy sagrado: el de inclinarse una y otra vez hasta lo primigenio, y más profundo cuanto más alto se llegó. Como si en ese aspecto se asemejara a la higuera de la India, maravilla de la tierra, cuyo ramaje transforma las ramas colgantes en raíces aéreas para que, cada vez que vuelve a tocar el suelo con ellas, pueda acumular templos sobre templos vivientes, donde cada ramificación tiene que

volver a servir de base con forma de columna para el ramaje que le sigue hacia arriba, mientras por encima de todo susurra la copa del tronco materno, el tronco de *una* raíz, en la luz del sol.

Ya en el mundo animal casi no distinguimos nada de los fenómenos que también en sus manifestaciones psíquicas se nos presentan tan físicamente, y, sin embargo, en la profunda oscuridad de estos templos naturales que consideramos inferiores, casi sin una gota de luz, reside una vida comparable a la nuestra. No es casualidad, al fin y al cabo, que ya ahí nos topemos con embelesos del amor sexual que culminan en las manifestaciones estéticas más delicadas junto a las más brutales, no es casual que encontremos el más valiente cuidado recíproco y de la cría. Porque incluso hay especies de papagayos y de monos (¡lamentablemente se trataría precisamente de los monos parecidos al humano!) que nos «superan» ampliamente en su inclinación a la monogamia, y nos vemos obligados a ver, enojosa y vergonzosamente, tanto a abejas como a hormigas como imágenes modelo del instinto social que jamás ni por lejos podremos alcanzar.

Algo relativamente similar sucede también con los pueblos que se quedaron en el tiempo, que —a veces considerados seres del paraíso, otras veces despreciados, juzgados como anticulturales—, pese a la rudeza o crueldad de sus costumbres que suelen estar condicionadas por los rituales, pueden aventajarnos, sin embargo, en cierta pureza, bondad o fidelidad naturales. Porque, en esencia, precisamente la experiencia sexual transforma lo que hace al ser primitivo igual a nosotros; porque lo que puede ser amado en el ser humano es material animal, bajo la influencia de un intelecto que se potencia, y este se manifiesta siempre en dos direcciones de efecto diverso: sublimando la vida pulsional dada... o arruinándola.

Arruinarla significaría aquí no experimentar lo sexual entre seres dotados de cerebro de acuerdo a estos; no de manera que el cerebro sea el receptor final e involuntario de una excitación cada vez más sintetizadora, sino él mismo un agente artificialmente abusivo de los goces corporales parciales. La movilidad cada vez más libre de la vida de los instintos, finalmente el estallido de los ciclos

de celo aún regulados como en los animales, sería utilizado por él para desmontarlo, aislarlo, aún más arbitrariamente, digamos, para asimilarlo de nuevo a lo menos animado, o inanimado, que se puede consumir como fragmento, en lugar de en una unidad vital percibida como cada vez más plena, en empatía reforzada, mancomunada, en participación global intensificada. La razón, ya refinada, que maneja la vida de la vida como si fuera un material muerto a su mando, ilustra la ruina de las pulsiones y el pecado sexual.

Lo opuesto sucede con el intelecto en la sublimación de lo sexual: en ese caso, exagera la potenciación de lo cada vez más animado ante sí mismo, imponiéndole sus propios parámetros mentales que, sin embargo, todavía no son apropiados y lo inducen hacia lo ilusorio. Para el comportamiento práctico, de aquí se desarrolla una considerable liviandad. Porque en realidad, las pulsiones sexuales están sometidas a las mismas leyes del deseo y la satisfacción, de la fuerza decreciente del estímulo por repetición, del consecuente anhelo de cambio, que todo el ámbito de lo animal en general. Que no se arguya que individualizar y refinar las pulsiones implica un cambio: solo individualiza y refina el decurso. Si en otras épocas un cónyuge de viaje remplazaba a su mujer sin más por el mero hecho de encontrar una que se pareciera al mismo tipo de morochas o rubias, delgadas o gordas, hoy solemos diferenciar hasta la mayor de las sutilezas exteriores: pero, a cambio, ¡estamos tanto más continuamente «de viaje» con algo de nosotros, ausentes, solos, en la búsqueda! Precisamente la diferenciación aumenta la necesidad de cosas tan diversas en tiempos y personas tan diversos, y hace que las ansias de variabilidad aumenten y a la vez disminuyan. Por ese motivo, ¡no hay que dejar de conceder al erotismo lo que lo vuelve bello y peligroso! Su vida desiderativa de rápido decurso y rápida consumación no tiene que ver *por fuerza de la naturaleza* con durabilidad ni siquiera cuando el intelecto y el alma lo han convertido en una fiesta de la persona en su totalidad, por más rica, fuerte y finamente lo hayan hecho: pero su propia opinión sí se dirige por fuerza de la naturaleza siempre hacia la idea de que nunca habrá un despertar

de esta fiesta. Y tan solo en esto radica lo que eleva su liviandad, que bajo ciertas circunstancias incluso puede ponerla a la altura de la grandeza que sea.

Los estados que trascienden por mucho los estándares promedio pierden la conciencia temporal, la idea de una sucesión aún posible, a raíz de su fuerza que todo lo concentra inmensamente al unificarlo; precisamente ese tipo de estados que se consumen antes que nada por su propia virulencia y por ende son los más efímeros, en consecuencia están como rodeados de profunda eternidad, y es recién este acento, inseparable de ellos, de un efecto casi mítico entre todo lo demás, el que da a su felicidad la apariencia de dicha y carácter trágico a su dolor. Dos personas que toman este factor de efímera eternidad con plena seriedad y lo aplican como único parámetro de su hacer, que no quieren más fidelidad que la de su dicha compartida, viven entregados a un frenesí digno de adoración: aunque muchas veces tenga un aspecto más humanamente bello que más de una fidelidad larga y auténtica que, quizá inconscientemente, solo proceda de un temor a la pérdida o a la vida, de una codicia o debilidad. Con toda la energía de sus colores ardientes logran apenas un bosquejo amoroso terminado a medias, pero allí puede manifestarse más saber profundo y perfección que en algunos cuadros de vida concluidos. En tales casos es como si en torno a la genuina ligereza amorosa, atraído por su fe temeraria, a menudo se acumulara todo lo grande, todo sentimiento de delicadeza y sinceridad, que ya no teme sino lastimar su propia ética primigenia, porque todo lo que está fuera de ella, está por debajo de ella.

Pero el hecho trágico de que el afecto erótico se subordine delirantemente a leyes hiperbólicas no solo se manifiesta en su carácter efímero sino también, digamos, en la caricatura de su propio deseo de eternidad. Porque cuando su carácter de afecto e ilusión no cede —o, mejor dicho, cede demasiado tarde— se convierte en una enfermedad de la sobreexcitación de aquello que por esencia solo está preparado para lo transitorio. Condensado en una suerte de efecto venenoso, aislado en las fuerzas propulsoras del organismo,

potenciando con sus estimulantes de manera cuasi mecánica, ya no vital, se convierte en material violento, un cuerpo extraño que el sano se esfuerza por evacuar, aunque tenga que ser en una persistente fiebre de la lucha. Es que, para el aspecto afectivo de lo erótico, el desarrollo natural no significa mantenerse y salvarse a cualquier precio, sino más bien resignarse, entregarse al ciclo y al cambio de la vida corriente del que proviene, a aquello por lo cual se diluye hasta volverse completamente irreconocible, se asimila anónimamente para fines autónomos.

Así como la mutua necesidad erótica solo sería potenciada hasta alcanzar lo psíquicamente estéril por un ulterior endiosamiento recíproco, mientras que, por la criatura, al servicio de lo totalmente primitivo, primero tiene que llegar a ingresar en lo «otro» y así en la vida, del mismo modo también se comporta con respecto a la totalidad. Desde las alturas del afecto, el desarrollo, para continuar, tiene que retomar nuevamente desde abajo: en lo que en apariencia le es más opuesto, lo que más desvía de él, lo más regresivo: en el día laboral compartido en la vida cotidiana.

ALIANZA DE VIDA

•

Ahora bien, el hecho de que nuestros sueños de amor solo nos alejan hasta la altura necesaria como para, desde un trampolín, dar ese salto de su cielo hasta la tierra, es algo que les sienta mejor cuanto más poderosos hayan sido como sueños. Porque si en su origen no fueron más que fenómenos concomitantes, excedentes, de los procesos físicamente condicionados, y por eso son sublimados hasta alcanzar naturaleza alucinatoria, ya son sus propios precursores de realidad, solicitantes de vida, señales de futuro, promesas; su instinto de vida tiene que recurrir a todo el espectro de lo «real», de lo simple, lo rudimentario, al igual que recurre a su cuerpo alguien convertido en fantasma, por más que se trate de la corporalidad más deslucida, para llegar a sí mismo a partir de ella.

Pero no es incomprensible la razón por la cual las personas en embriaguez amorosa y con ellas los sensibles de toda índole puedan experimentar el contacto con la realidad exterior pese a todo como desilusión: y no solo una realización fallida de sus sueños, sino incluso la más exitosa... su tener que vérselas con el material bruto en sí. Porque lo que cobra vida es como un acto de defunción de aquello que fue —más perceptible como muerte cuanto más fue una unidad dada en lo mental—, se manifiesta en un desgajamiento en parcelaciones, mezclas, en las que la forma primera se fragmenta

con tanta certeza como el embrión en el vientre materno bajo el impulso que lo une a la vida, que lo surca y divide. Así, también hay que reconocer que embriaguez amorosa y alianza de vida no conservan su similitud, y que no es totalmente injusta la burla que afirma de ellas que una comienza más o menos allí donde la otra termina... y que tampoco aquí se debe solo a una realización fallida, sino más bien ya está previsto en dos métodos radicalmente diferentes de experimentar el amor.

Porque de hecho el afecto erótico solo cumple su ciclo allí en el sentido en que lo hace el río en el mar, y ve cómo se aniquila su especial ética sentimental —según la cual ennoblecía o cancelaba algo en común—, ve cómo es incluida en contextos más amplios, extraeróticos. Una alianza de vida recién se contrae en *aquello* que tiene la voluntad de perdurar el desvanecimiento de un afecto anterior y la aparición de uno posterior, aquello que se sabe suficientemente valioso como para también aceptar tales sacrificios: porque hay una vida que quiere ser llevada a término, que requiere de la misma garantía y protección, de la misma voluntad de sacrificio que el fruto engendrado físicamente. En el fondo, no es otra cosa ni tampoco nada más de lo que simplemente se espera de cualquiera que se ha comprometido a un servicio, a una causa, sin que importe el peligro, y que precisamente más se avergonzaría de volverse tráfuga si él mismo la hubiera puesto en peligro. Este concepto más masculino de la fidelidad tiene que ser añadido al sentimental, o al que está fundado en el contexto pulsional instintivo–femenino: el capricho puramente personal que a veces es suficiente, pero a fin de cuentas funda todo en una cuestión de temperamento, debe ser superado. Recién encontrarse más allá de lo meramente subjetivo (por más que se presente revestido «de sentido moral»), incluso, si se quiere, recién la inclusión de una dimensión ascética distingue embriaguez amorosa de alianza de vida, y las distingue sobre la base de principios. Como si fuera una superficialidad anticuada tomar el rumbo de la sanción civil o eclesiástica, sigue siendo una debilidad moderna haber dejado esta sanción y vinculación interna desplazada lo

más posible al terreno de la imprecisión, y hacerse la cruz ante la palabra «ascetismo» como si alguna finalidad suprasubjetiva fuera alcanzable de hecho sin concesión de principios a este como recurso.

También cuando fue rotundamente amor erótico lo que sentó las bases de la alianza de vida, recién en esos casos aprende a comportarse como en realidad se corresponde con su carácter intermitente en sentido más elevado: a saber, *dando espacio*. Porque la mente que lo había elevado de la mera pulsión sexual a la fiesta y el esplendor del alma, también sigue siendo su único posible ejecutor allí donde lo ubica en su jornada laboral, en su hacer más distanciado. Y también patrono: al aparecer la fidelidad hacia él ya no como lo único sobrevaluado, pero a cambio como vinculada con todas las fidelidades en la manera de comportarse en la vida, y al volverse esta ruptura de una mera humillación amorosa a un tanteo de lo vivo en lo que dos crearon en conjunto, a una suerte de delito contra la vida embrionaria. Por ese motivo, si la embriaguez amorosa ya antes de la alianza contraída hubiera sido todo un árbol en flor, que florece largo tiempo antes de marchitar, de todos modos, sería reimplantado en este suelo para iniciar un crecimiento totalmente nuevo. Habría sido extraído de aquello que determinó su florecimiento —los sentimientos— y trasplantado a aquello que solía marchitarlo, el *acostumbramiento*: porque para la vitalidad de la comunidad plena, activada en todo en la misma medida, lo que incita y agita en el ir y venir de las sensaciones ya no es parámetro. Si en un sube y baja de las funciones fisiológicas y de los afectos que dependen de estas está expresado directamente uno de sus valores vitales, si la existencia parece clamar desde allí: «¡no te detengas allá como si fuera la meta final!, ¡tenés que *atravesarlo!*», el espíritu exige, por llegar a su propia meta, que lo transitorio se vuelva servicial, exige la *estabilidad*. Por eso, cuando lo erótico se consume de manera tan concentrada como si lo que importara fuera salvarse en esa eternidad del momento para sí lograr ganarle a la transitoriedad a la que está atado, entonces la mente vuelve a expandirlo hacia la temporalidad, a la sucesión de las cosas en las que se convierte en acción. Porque mientras en

la consumación resumida por fuerza lo afectivo —aunque digamos con aires de espiritualidad— aún imita a lo físico, cuyas cosas aisladas se nos presentan ante nuestros ojos de una vez para siempre en su verdad más cruda, los procesos mentales se verifican de manera opuesta: solo como un continuo renovarse para la acción que parece establecido en un tiempo infinito y material inagotable. Lo mental, como la potenciación más vital, por su cuenta ya no puede presentar su totalidad de otra manera que no sea *indirecta*, alegórica, como iniciativa, como desmembramiento fecundo en los detalles dados.

Por este motivo, cierto ademán que introduce una y otra vez en lo aún por consumir es propio de todo comportamiento mental, y lo que la mente ha tocado, independientemente de su potenciación, puede ser visto desde afuera como lo más incompleto. Esto siempre será característico también para la alianza de los géneros, y justo en los casos más ideales lo más elevado se podrá confundir con lo más trivial de manera que ya nada pueda resistirse decentemente a dejarse renovar de su anterior consumación autosuficiente hasta ya no ser reconocido. Este carácter de mezcolanza que muy injustamente se suele reprochar a todo matrimonio de ninguna manera le es estampado solo por razones de apariencia sencilla, más bien es el punto de vista interior desde el cual todo se reorganizó en ella lo que da como resultado esa evaluación más equilibrada, el valor relativo incluso del material más simple o frágil. Si en toda fórmula conyugal se dicen cosas como «for better and worse», no solo se expresa así que también en la tolerancia de lo menos agradable el amor tiene que acreditarse: efectivamente puede enunciar que, muy a diferencia de lo que sucede en la embriaguez amorosa, lo bueno y lo malo se ha vuelto valioso, utilizable, para la finalidad última de la plena comunidad de vida. Y así, también vale para la relación de dos personas entre sí el hecho de que en cierta medida lo abarca todo. Casi podría decirse: otra vez, como en la idolatría erótica, se familiarizarían mutuamente con cada figura, con cada efecto que el deseo indujo de manera fantástica. Solo que el sentido ya no es el mismo, porque esta vez surgió de la más profunda aceptación

de la indigencia de lo real; no apunta a pintar de rosa al otro, sino a un trabajo sobre sí mismo, que con fuerzas insospechadas dota y transforma cuando lo que hay que hacer es ofrecerle lo que le hace falta... y según la medida del amor ahí no hay una última frontera. Ser cónyuges uno con el otro puede significar a la vez, ser amantes, hermanos, amparos, metas, encubridores, jueces, ángeles, amigos, hijos... más aún: poder estar parado uno delante del otro en toda la desnudez y necesidad del ser.

CONCLUSIÓN

•

Así, en el marco de la alianza de vida todo parece volver a entrelazarse, como en una recapitulación, en igualdad de condiciones y sin juicios de valor, tal como es característico del problema del amor en su conjunto. Y de manera similar a como ya se podía anticipar, en cierta medida, el acto sexual más primitivo —la unión total de dos células— como una imagen de los sueños amorosos más fogosos, también aquí parece ofrecerse una imagen, una reformulación de la comunidad de vida, también primero como puro símbolo, aún sin contenido: en las formas exteriores de su sanción como matrimonio. Y si aquel acto sexual más simple por leyes propias va pasando a relaciones cada vez más ricas, cuya valoración interior se nos va escapando más y más, tampoco aquí, entre la vacía dación de forma y el contenido de la vivencia interior, en ningún lugar se pueden medir los valores, solo se los puede conjeturar a partir de huraños signos exteriores. Pero como la vida sexual no se vuelve accesible recién por sus proclamaciones más elevadas y por doquier conserva el piso debajo de sí, también la comunidad socialmente reconocida se abre a cada pareja y su hijo, sin que importe cuán poco profundo quiera ingresar de ese exterior al interior de la relación. En ambos terrenos, el corporal y el mental, el afectivo y el social, la riqueza ilimitada de las cosas solo podrá ser captada por algunos en su totalidad, y en el amor, como en todo, lo más elevado sigue sien-

do la obra inusitada de las personas excepcionales nacidas para ello. En cambio, lo que encarna así la genialidad de estas, siempre tiene que representar lo orientador, la ayuda y esperanza para todos los que van por miles de caminos desde bien abajo, como desde afuera entrando al reino de la alianza de los géneros. Porque lo más elevado e inusitado no es encontrar lo que nunca estuvo ahí, anunciar lo inaudito, sino abrir lo devenido cotidianeidad, lo dado para todos, en toda la plenitud de sus posibilidades en el espíritu humano. Así, como en la neblina de la madrugada siempre tenemos la impresión de estar deambulando en terreno llano hasta que el sol la toca y hace resplandecer cumbres de montañas, a menudo tan separadas de nuestro suelo por la neblina que parecen fantasmagorías —cada vez más altas, más lejanas— y, sin embargo, incluso las más inalcanzables: *nuestras*, parte de nuestra vida, nuestro paisaje.

No obstante, aquel ánimo de amor y de vida que se eleva en nosotros hacia nuevos sueños con tales cumbres a la vista y da alas a nuestro andar, ya no se lo puede seguir ni a lo especializado ni al interior de la palabra; fuera de cierta ampliación e iluminación de las cosas con nitidez diurna (también banal) de las cosas, solo se nos vuelven interpretables en generalidades tan esquemáticas, tan sin dividirse ni separarse en lo definido como si en un coro de ángeles solo se diferenciaran alas luminosas y apariciones, sin saber ninguno de sus nombres. Si realmente también este trabajo interior de lo más reservado, que más exige las fuerzas también se ha vuelto una vivencia de a dos, entonces ya es como una religión de a dos: el intento de ponerse a sí y mutuamente en relación hacia lo más elevado que con gran esfuerzo se puede alcanzar con la mirada, para convertirlo en una vivencia de lo cotidiano. Pero así también a la vez se ha vuelto totalmente la creación de una obra y solo accesible como tal: y así se ubica en una intimidad mucho más profunda, mucho más a resguardo de ojos no habilitados que incluso los más secretos misterios del amor. Porque mientras este o bien se tiene que esconder adrede, es decir, colocarse detrás de lo desconocido, o necesita expresarse en voz alta, es decir, con patetismo, de acuerdo a su

exceso de plenitud sentimental, digamos que aquí no queda vacante sentimiento alguno, sino encarnado en sus acciones y pensamientos propios: ya no en camino como sentimiento, sino dando refugio por su cuenta a todas las cosas en sí mismo, presente justamente en todo de manera total, incluso en lo más ínfimo, así como el Dios todo sigue hablando a través de la zarza ardiente.

Con la misma certeza que las formas, vainas y sanciones vacías de la comunidad de vida se pueden ufanar sin declaración de culpa de un contenido que puede no haber ingresado en ellas, igualmente, a la inversa, este contenido se vuelve alegoría continuamente en productos de la vida a los que por su carácter cotidiano no se lo podemos notar. Y miles de veces, sin duda, deambulamos de esta manera entre lo rudimentariamente más visible, lo banalmente «más real» como entre símbolos externos de sueños que duermen en ellos, de interioridades encantadas, sin sospechar que nos encontramos en la sociedad de ilustres, y más inmediatamente próximos a lo más pleno de vida. Porque toda vida solo es en tanto milagro que se aleja más y más de su milagro.

Estas mismas palabras, con su abordaje forzosamente superficial, apenas pueden ir tanteando un proceso interno como si fuera un objeto exterior muy burdo, con la esperanza de que, sin embargo, debajo, a modo de símbolo, resuene algo de lo que hay en su interior.

ÍNDICE

•

3	Nota preliminar
5	Introducción
8	Base
12	Tema
16	El acto sexual
21	La alucinación erótica
25	Erotismo y arte
28	Idealización
32	Erotismo y religión
37	Lo erótico y lo social
40	Maternidad
44	La mujer
50	Lo masculino y lo femenino
55	Parámetros y límites
60	Alianza de vida
65	Conclusión



- **MARTINA FERNÁNDEZ POLCUCH** es licenciada en Letras y especialista en traducción literaria (UBA), traductora e intérprete de alemán (Instituto Goethe). Ha realizado traducciones de Anna Seghers, Theodor W. Adorno, Walter Benjamin, Konstantin Küspert, Sibylle Berg, Uljana Wolf, Ann Cotten, Raphael Urweider y otros. Es coordinadora de la cátedra de Alemán en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), forma profesores y traductores de alemán en el IES en Lenguas Vivas «J.R. Fernández» y coordina talleres de lectura y traducción literaria.

[CRÉDITO DE LA FOTO: MARU SOMOZA @marusomozaph]

COLECCIÓN **TATAKUÁ**

dirigida por Susana Ibáñez y Julia Sabena

Palabras que arden con el poder
transformador de la traducción.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.

Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).

Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Andreas-Salomé, Lou

El erotismo / Lou Andreas-Salomé ; Prefacio de
Martina Fernández Polcuch. - 1a ed - Santa Fe :
Universidad Nacional del Litoral, 2024.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera / Analía
Gerbaudo ; Tatakua)

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Martina Fernández Polcuch.

ISBN 978-987-692-406-1

1. Sexualidad. 2. Ensayo Psicológico. 3. Ensayo
Literario. I. Fernández Polcuch, Martina, pref.
II. Título.

CDD 155.31

© de la traducción y nota preliminar:
Martina Fernández Polcuch, 2024.

© de la editorial: Vera cartonera, 2024.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional